

Con la mundialización de la información, el menor acontecimiento es hecho visible y, aparentemente, más comprensible. Sin embargo, no hay un vínculo directo entre el aumento del número de informaciones y la comprensión del mundo. Esta es el nuevo dato de partida del siglo XXI: la información no crea comunicación. Se hace patente la ruptura entre información y comunicación, la dificultad de pasar de una a otra. Se sabía que las culturas son diferentes, pero se creía que la misma información podía ser más o menos aceptada por todos. Lo que se consigna es todo lo contrario: se abre un abismo. Esta verdad empírica ya había sido descubierta, alguna vez dolorosamente, en relación a los estados-nación. Y la encontramos más nitidamente en la escala introducida por la mundialización. Lo que de este modo se está hundiendo es un determinado modelo universalista —en realidad occidental— de la información y de su vínculo con la comunicación. Este libro constituye, pues, un contrapunto necesario al entusiasmo irreflexivo generado por las nuevas tecnologías. Como Wolton muestra de un modo sencillo y directo, lo que se trata de combatir es una nueva versión de la ideología cientísta y tecnológica, cuyos daños colaterales están muy lejos de las promesas de democratización y emancipación que un coro acrítico, en el que participan políticos, técnicos, empresarios e intelectuales, entona incesantemente. Todo ello en favor de la modalidad actual del capitalismo.

Dominique Wolton, una de las autoridades internacionales más relevantes en la comunicación y en los nuevos medios. Doctor en sociología, actualmente es Director del *Institut des Sciences de la Communication du CNRS* y Director de la revista *Hermès*. Wolton es autor de más de un centenar de artículos y una veintena de libros, de los cuales Gedisa ha publicado *Elogio del gran público*. *Una teoría crítica de la televisión* (1992), *Internet ¿y después?* (2000), *Salvemos la comunicación*. *Alda global y cultura: una defensa de los ideales democráticos y la cohabitación mundial* (2006) y *La otra mundialización. Los desafíos de la cohabitación cultural global* (2007).

Informar no es comunicar

INFORMAR

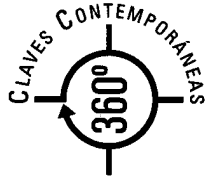
NO ES

COMUNICAR



Dominique Wolton

→ **Contra la
ideología tecnológica**



INFORMAR NO ES COMUNICAR

Contra la ideología tecnológica

Buscando desesperadamente el paraíso
Un viaje por las sociedades musulmanas del mundo
Ziauddin Sardar

Psicología del terrorismo
Cómo y por qué alguien se convierte en terrorista
John Horgan

La nueva judeofobia
Israel y los judíos: desinformación y antisemitismo
Pierre-André Taguieff

Extraño Oriente
Prejuicios, mitos y errores acerca del Islam
Ziauddin Sardar

¿Por qué la gente odia EE. UU.?
Deudas pendientes de la era neoconservadora
Ziauddin Sardar y Meryl Wynn Davies

Calamidades
La responsabilidad humana ante la atrocidad
Ernesto Garzón Valdés

**Dominación étnica y racismo discursivo
en España y América Latina**
Prejuicios e ideologías racistas en Iberoamérica hoy en día
Teun A. van Dijk

La otra mundialización
Las batallas contemporáneas por la diversidad cultural
Dominique Wolton

¿Y después de la crisis que...?
Propuestas para una nueva democracia mundial
Jacques Attali

Dominique Wolton

gedisa
editorial

Índice

Introducción: Comunicar es negociar y cohabitar . . .	11
1. Una teoría de la comunicación	17
1. Una teoría de la comunicación	17
2. De la revolución de la información a las incertidumbres de la comunicación	26
3. Comunicarse es convivir	30
2. Las técnicas, entre emancipación e ideología	37
1. De la técnica a la ideología técnica	38
2. Internet, entre utopía e ideología	44
3. Salir de la ideología técnica	59
3. Hazañas y derivas de la información	67
1. La información, actor de todas las emancipaciones	68
2. Las derivas de la información	69
3. Las líneas de trabajo abiertas	74

4. La nueva frontera de la incomunicación 83

1. La comunicación: el otro y la mundialización. . . 84

2. Pensar la comunicación es pensar la
incomunicación. 88

3. La cuestión de la convivencia 93

5. Información y conocimiento: indispensable
convivencia 101

1. Los periodistas, una frágil victoria 101

2. No hay información sin conocimientos. 109

3. El conflicto de las legitimidades 117

Conclusión: Comunicar: ¿hay alguien, en algún
lugar, que me ame? 123

Bibliografía. 133

Agradecimientos. 141

Introducción Comunicar es negociar y cohabitar

«Informar no es comunicar.» Para la mayor parte de nosotros, esto significa que si la información es seria, la comunicación no lo es. Sí a la información, no a la comunicación, que está siempre bajo sospecha de ser seducción y manipulación. Este es el estereotipo común. Lo que yo deseo demostrar es lo contrario. La comunicación es más compleja que la información, por tres razones.

En primer lugar, si bien no hay comunicación sin información, la comunicación siempre es más difícil, porque plantea la cuestión de la relación y, por lo tanto, la cuestión del otro. Con incertidumbre en el resultado, pues el emisor rara vez está en línea con el receptor. Y a la inversa.

Luego, porque existe una contradicción entre la legitimidad de la información y el descrédito de la comunicación, cuando nunca los hombres, desde hace medio siglo,

habían invertido tanto tiempo en tratar de comunicarse, ni habían gastado tanto dinero en adquirir técnicas cada vez más sofisticadas para tratar de conseguirlo. ¿Por qué desvalorizar y criticar esta actividad mientras que se le consagran tanto tiempo, energía y dinero? Desvalorizar la comunicación, que cada uno busca de manera tan desperada en su vida privada, profesional, política y social, es desvalorizarse uno mismo.

Por último, ¿por qué identificar el bien con la información y el mal con la comunicación, si a lo largo de dos siglos ambas han sido indisolubles en el combate por la emancipación individual y colectiva? No existe ninguna información sin un proyecto de comunicación. Hay una especie de esquizofrenia en esta voluntad de demonizar la una para ensalzar la otra. En cuanto a las técnicas, desde la telefonía hasta la radio, desde la televisión hasta la informática, han desempeñado siempre un papel esencial en la emancipación individual y colectiva, además de ser omnipresentes en nuestras vidas.

Por este motivo mi trabajo, desde hace años, apunta a no disociar la «buena» información de la «mala» comunicación y a pensarlas de manera conjunta. Y ello destacando la paradoja actual: la omnipresencia de las técnicas, en un mundo abierto, saturado de informaciones, no basta para atenuar las aporías de la comunicación.

En este libro procuro derribar el estereotipo dominante y mostrar por qué el verdadero desafío concierne más a la comunicación que a la información. No sólo ya no basta con informar para comunicar, pues la omnipresencia de las informaciones hace la comunicación todavía más difícil, sino que, además, la revolución de la información conduce a la incertidumbre de la comunicación. El resultado es imprevisible. El problema ya no es sólo la información, sino, ante todo, las condiciones que deben satisfacerse para que millones de individuos se comuniquen, o más bien para que lleguen a convivir en un mundo en el que todos lo ven todo y lo saben todo, y donde las innumerables diferencias lingüísticas, filosóficas, políticas, culturales y religiosas hacen todavía más difícil la comunicación y la tolerancia. En una palabra, la información es el mensaje, mientras que la comunicación es la relación, mucho más compleja.

Apostamos tanto por compartir lo que se tiene en común como por aprender a gestionar las diferencias que nos separaran. Y ello en el plano individual tanto como en el colectivo. Por último, en la comunicación, lo más simple queda del lado de los mensajes y las técnicas, mientras que lo más complicado está del lado de los hombres y las sociedades.

El siglo XIX fue el de la revolución de la información, con la conquista de las libertades. El XX, el de la victoria

de la información y de las técnicas, con la emergencia de la comunicación, abierta a todos. El siglo XXI es el de la convivencia, en el sentido de las condiciones de una coexistencia posible entre puntos de vista distintos, en un mundo muy pequeño en el que los individuos lo saben todo y del que es imposible escapar.

Estamos lejos del discurso clásico en favor de la información y hostil a la comunicación. Ya no es posible jerarquizarlas. Ambas deben ser pensadas de manera conjunta, con una complejidad suplementaria en cuanto a la comunicación, que se enfrenta a la triple problemática de la relación, la alteridad y el receptor. Por otra parte, la mera victoria de la información en los dos últimos siglos obliga a redefinir el estatus de la comunicación. Con la victoria de la información sólo se había recorrido la mitad del camino.

¿Cuál es el propósito de este libro? Reflexionar sobre la comunicación en la hora del triunfo de la información y las técnicas que la acompañan.

Por otra parte, la crisis del capitalismo, desde el otoño de 2008, acelerará una reflexión crítica sobre la dimensión política de las relaciones entre información, técnica y comunicación. Por primera vez en la historia del mundo, los pueblos han seguido en directo la crisis y sus consecuencias. No cabe la menor duda de que, tras una fase de pas-

mo, esa abundante información suscitará una crítica sustancial dirigida a los economistas, periodistas, políticos, universitarios y tecnócratas, que no han sabido o querido ver venir la catástrofe. Se pedirán cuentas, se pedirán autocríticas.

Esta crisis es igualmente la crisis de una información financiera nunca controlada e indisociable de Internet, que plantea una vez más la cuestión política de la *regulación* de esta herramienta, si de verdad la queremos convertir en un instrumento de libertad.

Aparte de la especulación, las causas de la crisis son la velocidad en la circulación de las informaciones, la ausencia de control, la desregulación y el olvido del interés general. Es el primer acontecimiento político mundial que obliga a reflexionar sobre los desafíos políticos de la información y de la comunicación. De un modo similar a como la crisis de la economía —hace unos cuarenta años— aceleró una toma de conciencia política que hoy día ya forma parte de la experiencia común, en lo referente a las grandes cuestiones pendientes del medio ambiente.

El desafío consiste en perpetuar, en un mundo saturado de información, de comunicación y de técnica, el valor de emancipación que éstas tuvieron desde el siglo XVI. Impe- dir que la información y la comunicación, que ayer eran factores de acercamiento, se conviertan en aceleradores de

incomprensión y de odio. Precisamente porque todas las diferencias y alteridades son visibles. Éste es todo el sentido de las investigaciones que realizo desde hace treinta años: refundar los valores de emancipación de la información y de la comunicación en un contexto en el que han llegado a ser omnipresentes y tremendamente polisémicas.

1

Una teoría de la comunicación

La revolución del siglo XXI no es la de la información, sino la de la comunicación. No la del mensaje sino la de la relación. No la de la producción y la distribución de la información mediante técnicas sofisticadas, sino la de sus condiciones de aceptación o de rechazo por parte de esos millones de receptores, todos diferentes y que raramente están en línea con los emisores. Los receptores, destinados de la información, complican la comunicación. La información tropieza con el rostro del otro. Se soñaba con la aldea global, pero se redescubre la torre de Babel.

1. Una teoría de la comunicación

La diversidad de los receptores vuelve caduca la teoría dominante. Hay más informaciones que se difunden más de-

prisa, formas son más igualitarias, pero no aumentan la comunicación ni la intercomprensión. Los receptores, o sea los individuos y los pueblos, se resisten a aceptar las informaciones que los estorban y quieren poder dar sus visiones respectivas del mundo. La incomunicación se convierte en el horizonte de la comunicación, lo cual obliga a realizar constantes negociaciones para que la convivencia sea posible.

¿Cuál es la paradoja? Que la victoria de la información revela esta dificultad creciente de la comunicación. Durante siglos las dos palabras no han alcanzado a ser sinónimas, pero han ido juntas en la batalla por la libertad de expresión, la emancipación política y los derechos del hombre. Hoy día es más bien la información la que se impone y acentúa la idea de una comunicación «automática». Mañana será la problemática de la comunicación, o sea, las condiciones de aceptabilidad y de negociación, por parte de los receptores, de las informaciones recibidas de todas partes, la que llegará a constituir el desafío esencial. *La información ahora abunda, mientras que la comunicación escasea*. Producir información, intercambiarla o acceder a ella no basta ya para comunicarse.

Antaño, con técnicas limitadas, los mensajes intercambiados concernían a públicos más homogéneos. Hoy día, los mensajes son innumerables, las técnicas casi perfectas, y

los receptores cada vez más numerosos, heterogéneos y reticentes. Ello no se debe sólo a las lenguas, sino también a las representaciones, culturas, visiones del mundo que chocan entre ellas. La aceleración de la producción y la transmisión de un número creciente de informaciones ya no basta para crear más comunicación. Incluso amplifican los malentendidos y contenciosos. Es la primera vez en la historia en que se produce un desacoplamiento como éste.

Esto es lo que hace que la información y la comunicación se conviertan en una cuestión clave para la paz y la guerra en el siglo XXI. ¿Cómo podemos llegar a convivir cuando «no nos entendemos», cuando las diferencias se tornan visibles mediante técnicas cada vez más sofisticadas? O bien se consigue organizar la convivencia sobre la base de que existen puntos de vista distintos, con la doble exigencia de respetar *a la vez* la diversidad de las identidades y un marco común de comunicación, o bien los grupos y los comunitarismos se encerrarán en identidades más o menos belicosas. Y no es difícil suponer de qué modo la escala de la mundialización acentúa este riesgo. Si cada vez hay más incomunicación, se debe a que cada vez hay más informaciones. Este resultado habría sido impensable hace sólo treinta años.

La información

¿Qué hay que entender, respectivamente, por información, mensaje, comunicación y relación? Hay tres grandes categorías de informaciones dadas —oral, imagen y texto— que pueden integrarse en cualquier soporte. La *información-noticia*, vinculada a la prensa. La *información-servicio*, en plena expansión mundial, en especial con Internet. La *información-conocimiento*, vinculada al auge de los bancos y bases de datos. Por último, la *información-relacional*, que atraviesa todas las categorías y que remite a la cuestión, crucial en el hombre, de la comunicación.

La comunicación

Nos comunicamos por innumerables razones, aunque podamos distinguir tres de ellas, a menudo mezcladas y jerarquizadas de diferentes maneras según las circunstancias, que siempre nos empujan a querer entrar en contacto con alguien. En primer lugar, el *compartir*. Todo el mundo trata de comunicar para compartir, intercambiar. Asunto humano, afectivo, fundamental e infranqueable. Vivir es comunicarse y tratar de intercambiar con los demás, lo más a menudo y lo más auténticamente posible. Luego

viene la *seducción*, inherente a todas las relaciones humanas y sociales. Por último, la *convicción*, ligada a todas las lógicas de argumentación empleadas para explicar y para responder a las objeciones. La comunicación ideal es, por supuesto, la que está vinculada al compartir, a los sentimientos y al amor. En todo caso, tal es la situación en que la comunicación atraviesa el presente, se reencuentra con el pasado, que hace que todo sea posible en el futuro. Momentos de gracia... La comunicación, en este libro, se centra en los usos de la voz, del texto, de las imágenes, exceptuando —a falta de espacio— la comunicación física no verbal. Sin embargo, todos sabemos que un gesto, una mirada o una sonrisa dicen mucho más que las palabras. Y no digamos los silencios, que a veces afirman lo contrario que las palabras y los gestos. En este aspecto permanecemos dentro de la definición clásica en la que la información remite a la unidad y al mensaje. La comunicación, por el contrario, remite a la idea de relación, de compartir y de negocial. Ayer, el horizonte normativo consistía en conseguir establecer la comunicación; hoy día se trata más bien de gestionar la incomunicación, mediante la negociación, para construir una convivencia.

El receptor

Es la tercera ruptura. No sólo ya no basta con informar para comunicar, debido a que cada vez hay más mensajes y la comunicación exige una selección, sino también porque el papel de los receptores crece en importancia. Los receptores negocian, filtran, jerarquizan, y rechazan o aceptan los innumerables mensajes que reciben, que *nosotros* recibimos cotidianamente. El receptor, que nunca fue pasivo, es cada vez más activo para resistir el flujo de información que se le dirige. Por otra parte habría que hablar más bien del *receptor-actor* para destacar la dimensión dinámica requerida por esta función. Revalorizar la condición del receptor-actor es también revalorizar la problemática misma de la comunicación, tal como han hecho autores contemporáneos, demasiado escasos por otra parte, como Jürgen Habermas, Umberto Eco, Michel Serres, Edgar Morin, Régis Debray y algunos otros. Nada más simplista que los innumerables discursos más o menos hostiles a la comunicación que desvalorizan la condición del receptor, siempre bajo la sospecha de ser un poco estúpido y fácilmente manipulable. De todos modos, siempre es el otro el que es influenciable, nunca uno mismo.

La comunicación es el resultado de un juego complejo entre tres elementos. El receptor no siempre tiene razón,

ni mucho menos, pues de lo contrario su dictadura se impondría, pero obliga a pasar de la idea de transmisión a la de negociación. Antaño comunicar era transmitir, porque las relaciones humanas eran lo más a menudo jerárquicas. Ahora es, la mayor parte del tiempo, negociar, porque los individuos y los grupos se encuentran más en situación de igualdad. *El concepto de negociación pertenece, por otra parte, a la cultura democrática.* No hay negociación en una sociedad autoritaria o totalitaria. Si se observa bien la realidad, hoy día todos nos pasamos el tiempo negociando: en la pareja, la familia, la escuela, la empresa, la sociedad, Europa, el mundo... Cuantas menos cosas se impongan, muchas más se negociarán. Y cuanto más informados estén los individuos, más criticarán y negociarán.

Puedo resumir aquí las cinco etapas del esquema explicativo de la teoría de la comunicación que defiendo y que concierne tanto a la comunicación humana como a la comunicación mediatizada por los técnicos.

Primero. La comunicación es inherente a la condición humana. No hay vida personal y colectiva sin voluntad de hablar, comunicar, intercambiar a escala individual y colectiva. Vivir es comunicar. *Segundo.* Los seres humanos desean comunicar por tres razones: compartir, convencer y seducir. Y muy a menudo por las tres al mismo tiempo. Aun-

que esto no siempre se reivindique. *Tercero*. La comunicación tropieza con la incomunicación. El receptor no está en línea o no está de acuerdo. *Cuarto*. Se abre una fase de negociación en la que los protagonistas, de manera más o menos libre o igualitaria, negocian para encontrar un punto de acuerdo. *Quinto*. El resultado, cuando es positivo, se llama convivencia, con sus fortalezas y sus debilidades. La negociación y la convivencia como procedimiento para evitar la incomunicación y sus consecuencias, a menudo belicosas.

★ ★ ★

Esta teoría de la comunicación, aparentemente modesta, descansa en la hipótesis de que ningún individuo ni sociedad pueden escapar a la comunicación. *Con cinco consecuencias*: el horizonte de la comunicación es, lo más a menudo, la incomunicación, visible especialmente en la discontinuidad entre información y comunicación; es imposible reducir la comunicación a los logros técnicos; es obligatorio negociar entre participantes; la perspectiva debe ser la convivencia. Como es evidente, esta incomunicación estructural exige la igualdad entre los protagonistas, pues de lo contrario no hay negociación. Lo cual hace de la comunicación contemporánea una realidad indisoluble de la cultura democrática y un proceso mucho más amplio que la simple expresión. No hay comunicación

posible, pues, sin un mínimo de tiempo, de respeto y de confianza mutua, de modo que la tolerancia es una de las condiciones estructurales de todo proceso de comunicación. Por último, toda teoría de la comunicación es portadora de una visión implícita de la sociedad y de las relaciones sociales, según se acepte un modelo más o menos abierto, igualitario o jerárquico. La concepción defendida aquí es más humanista que técnica, y hace del intercambio el horizonte de toda la experiencia humana y social. Es también una concepción política, en el sentido de que privilegia la negociación en vista del establecimiento de un compromiso.

★ ★ ★

Hay, para concluir, dos concepciones divergentes de la comunicación. La primera, ampliamente dominante, insiste en que los logros técnicos hacen progresar la comunicación, estableciendo una especie de continuo, que se prolonga en favor de las industrias que hoy día son el sector que más está creciendo en el mundo. La segunda, minoritaria, a la que me adhiero, parte de la dimensión antropológica de la comunicación y privilegia los procesos políticos que deben ponerse en funcionamiento para evitar que el horizonte de la incomunicación, entre los individuos y los pueblos, se convierta en fuente de conflictos.

Estas dos concepciones no tienen la misma relación con el hombre y con la técnica.

★ ★ ★

Este modelo teórico estructura las investigaciones empíricas que llevo a cabo desde hace muchos años en los cinco dominios siguientes: las relaciones entre ciencias y técnicas; los medios de masas e Internet; el espacio público y la comunicación política; la mundialización, la diversidad cultural y Europa; las relaciones entre las ciencias, las teorías del conocimiento y la comunicación.

2. De la revolución de la información a las incertidumbres de la comunicación

Quizás hayamos vivido ya lo mejor de la revolución de la información y de la comunicación, aunque hicieron falta tres siglos para conseguirlo. Todo se complica con la generalización de la información, la diversidad de los receptores, su sentido crítico y la mundialización. De todas formas, hasta ahora se tenía una visión simple de la información, reducida a un mensaje lo más a menudo unívoco y a un receptor finalmente poco complejo. Con una es-

pecie de continuo entre ambos, además de la idea de que la información más abundante y rápida debía crear más comunicación. Era el modelo universal de la comunicación. Exige una puesta al día. Y ello a pesar, o a causa, del progreso fulminante de las técnicas de comunicación en un siglo: la telefonía (1880), la radio (1900), la televisión (1930), la informática (1940) y las redes (1980).

Todos soñamos con comprendernos. Enseguida descubrimos las dificultades. Incluso de niños. Con la comunicación, lo que surge siempre es la cuestión del *otro*, que al fin y al cabo es la más complicada tanto en la experiencia individual como en la colectiva, a pesar de la omnipresencia de las técnicas, su eficacia y la libertad de los individuos. Cuando todo debería ir más deprisa, va cada vez más lento. Basta con ver el tiempo que nos pasamos tratando de comprendernos, con la panoplia de técnicas interactivas y sofisticadas a nuestro alcance. Lo que ocurre es que el diablo de la alteridad se infiltra en todos nuestros intercambios. Y el «otro» soy yo, es él, o ella, cada cual. O, por decirlo de otra manera, *la incomunicación constituye el horizonte de la comunicación*. La incomunicación que con tanta frecuencia se constata entre generaciones es una especie de metáfora de la incomunicación en general. Inversión completa respecto del esquema político y cultural que preside la doble revolución de la información y de la co-

¿Quién no quiere complacer? Pero nadie quiere reconocerlo. Como si la vida sólo fuera racionalidad y seriedad, y careciera de emoción. ¡Vaya programa! Extraño proceso esta revalorización constante de la *com.*, tras la cual corre-mos todos sin jamás reconocerlo... Y por otra parte es tan difícil de conseguir como la comunicación. Así, es más fácil demonizar la *com.* que constatar que a menudo es la antecámara de la comunicación, el perfecto chivo expiatorio de las batallas de la comunicación que hemos perdido. Hay algo más: se reprochan a la *com.* las estrategias de seducción y de manipulación. Pero ¿quién no ha intentado, a lo largo de su vida, poner en práctica la una y la otra? Maravillosa hipocresía, que permite igualmente enmascarar el hecho de que no siempre es tan fácil seducir y manipular al otro...

Podemos decir, por lo tanto, que los horizontes de la comunicación son los siguientes: el compartir, la convicción, la seducción, la influencia, la convivencia y la incomunicación. Y mientras que los sistemas técnicos están el línea, los hombres y las sociedades rara vez lo están; por eso el progreso técnico es al mismo tiempo lo mejor y lo peor de la comunicación. Permitted salir de la comunicación cerrada y multiplicar los mensajes y los intercambios, pero no ha aumentado las comunicaciones de un modo proporcional a las prestaciones de los instrumentos. Ha

municación desde el siglo XVI. La aldea global es una realidad técnica, pero no social, ni cultural, ni política.

Por otra parte, sólo tras la victoria de la información, cuyo símbolo es hoy día Internet, se podían descubrir los límites de la comunicación. Es el descubrimiento de la incomunicación lo que obliga a reflexionar sobre la comunicación y la convierte en una de las cuestiones políticas fundamentales de principios del siglo XXI. *¿Cómo convivir pacíficamente en un universo donde todo el mundo lo ve todo y donde las diferencias son más visibles y menos negociables?* De ahí la necesidad de sustituir la idea de compartir por la de negociación y convivencia, lo cual hace todavía más visible el vínculo entre comunicación y democracia. ¿Qué es la democracia, en efecto, sino la negociación y la convivencia pacífica de puntos de vista a menudo antagónicos? Por eso el concepto de comunicación sólo podía imponerse, como gran concepto humanista y democrático, después de todas las revoluciones cuyo objetivo era ins-taurar la libertad y la igualdad de todos los individuos.

Esto queda lejos de la comunicación reducida a la *com.* *¿La com.?* Es la voluntad de complacer, seducir y conven-cer. Al fin y al cabo, casi lo mismo que la comunicación. También aquí tenemos el deseo de que eso resulte... Todo el mundo recurre a ella cotidianamente, en todos los ofi-cios, en todos los niveles jerárquicos. Y a todas las edades.

hecho más visibles las pruebas de la incomunicación. Terrible vuelco cuyo impacto no se quiere advertir, debido a la ceguera con que el mundo entero, hace veinte años, se tragó el mito de Internet, convencido de que seis mil quinientos millones de internautas permitirían que existiese una «auténtica» comunicación...

La comunicación resulta, en su forma contemporánea, de la triple revolución de las libertades humanas, de los modelos democráticos y de los progresos técnicos. Ahora nos encontramos en la encrucijada. La comunicación se encuentra amenazada por otras dos ideologías. El *individualismo*, o sea, la reducción de la comunicación a la expresión y a la interactividad. Y el *comunitarismo*, o sea, la marginalización de la cuestión de la alteridad y la posibilidad de cerrarse en los espacios virtuales.

3. Comunicarse es convivir

La dificultad surge igualmente del hecho de que la información y la comunicación tienen cada una de ellas dos facetas más o menos contradictorias, pero indisolubles. Una dimensión normativa que, en lo referente a la información, remite a la idea de verdad; y, en lo referente a la comunicación, remite a la idea de compartir. Una dimensión fun-

cional, mucho más instrumental, ligada al hecho de que en las sociedades contemporáneas, que al fin y al cabo son muy complejas, no se puede vivir sin informaciones, intercambios, interacciones. Reflexionar sobre las relaciones entre información y comunicación supone, pues, tomar los dos conceptos en su doble acepción, sin discriminar. Pero, de todos modos, sus dimensiones normativas respectivas son lo que constituye su horizonte: la verdad para la información, el compartir para la comunicación. Dicho de otra manera: desde la información más ligera hasta la comunicación más mercantil, el horizonte es, al fin y a la postre, el mismo: la búsqueda del otro y de la relación. Muestra de que los individuos no olvidan nunca los ideales de intercomprensión que subsisten detrás de las recetas o de las caricaturas. En este aspecto, la ideología de la información y de la comunicación, a pesar de todos sus defectos y deformaciones, participan del mismo ideal democrático. Con «la com.», así como con la «information people», estamos todavía en el mismo espacio referencial. Es preciso, pues, tomar conjuntamente las dimensiones funcionales y normativas tanto de la información como de la comunicación. Esto supone la existencia de cuatro dimensiones que contribuyen en conjunto al vínculo social.

Ésta es también la razón por la que la información y la comunicación, más allá de todas sus ambigüedades, parti-

cipan en la gran problemática de la «sociedad individualista de masas», en la que todos y cada uno de los individuos persiguen dos valores contradictorios al mismo tiempo: la libertad individual y la igualdad de todos. ¿Qué permite establecer vínculos en las sociedades abiertas, en las que todas la diferencias son toleradas, reivindicadas y afirmadas en todos los casos? ¿Cómo conciliar libertad e igualdad, individualismo e identidad colectiva? *La comunicación es una problemática de la convivencia y del vínculo social, contemporánea de una sociedad de movimiento, de interactividad, de velocidad, de libertad y de igualdad.* Espero que esta teoría de la comunicación, centrada en la convivencia, pueda contribuir a renovar las condiciones teóricas y prácticas del *vínculo social*, tan frágil en las sociedades abiertas, expuesto a los fuertes vientos de una mundialización que carece de brújula.

Antaño el vínculo social remitía a las relaciones entre estructuras sociales y culturales relativamente estables. En la actualidad es casi lo contrario: todo es interacción. Los procesos de información y de comunicación contribuyen a estructurar, a través de múltiples interacciones, el nuevo espacio público con un vínculo social más dinámico y frágil. Así pues, valorar el concepto de convivencia ayuda a renovar la reflexión sobre la naturaleza del vínculo social en las sociedades contemporáneas, donde las interacciones

entre los protagonistas son más numerosas y contradictorias. Privilegiar la convivencia en la comunicación y en el funcionamiento del espacio público es, pues, reflexionar también sobre la necesidad de gestionar al mismo tiempo las diferencias inherentes a nuestras sociedades y mantener un principio de unidad, todo ello bajo la perspectiva de una renovación de las características contemporáneas del vínculo social. Por otra parte, ¿qué es el vínculo social sino este milagro consistente en hacer que en una sociedad se mantengan juntos individuos, grupos, comunidades y clases sociales que no tienen nada en común?

En suma, comunicación, convivencia y vínculo social son los elementos constitutivos de la modernidad y de otra visión del espacio-tiempo. La comunicación refleja bien las aspiraciones contradictorias de nuestras sociedades contemporáneas, en las que se produce una adhesión simultánea a valores a menudo opuestos: libertad e igualdad, apertura e identidad, mundialización y localismo. El concepto normativo de la *convivencia* resulta ser, al fin, emblemático de las características de la sociedad contemporánea. *La convivencia como símbolo de una perspectiva normativa que apunta a hacer que se mantengan unidos valores y dimensiones contradictorios.*

Pero hay más. Los complicados vínculos entre información y comunicación se acompañan también de un desdo-

blamiento de sentidos. Para la tradición política e intelectual, la información remite a la idea de lo que surge y constituye, más o menos, ruptura. Esto es cierto en lo que a la prensa se refiere, pero también desde un punto de vista más amplio. La información es el acontecimiento o el dato que perturba un orden previo, y en ello reside su fuerza. En cuanto a la comunicación, está asociada a la idea de vínculo, de compartir, de «comunidad». Hoy día, con la generalización de los sistemas de información, se ha producido una inversión de sentidos, particularmente visible con Internet. *La información* se convierte en lo que produce vínculo, con la sociedad de la información como horizonte. El sentido inverso de la información-ruptura. Cuando todo es signo e interacción, la información es vínculo. Basta con ver de qué modo las jóvenes generaciones hacen de Internet la fuente absoluta de sus informaciones y, por último, de su comunicación, fuente a la que además conceden una legitimidad y una confianza sin falla.

A la inversa, se observa el mismo cambio de sentido de la palabra *comunicación*. Ésta, hoy día, tiene mucho menos el sentido clásico de compartir valores comunes que el de una idea de convivencia, ligada a la necesidad de hacer que se mantengan unidas lógicas dispares. Antes, comunicar era mucho más compartir y reunir, o unir. Ahora es mucho más convivir y gestionar las discontinuidades. Cada unos

de los dos conceptos, información y comunicación, toma así una parte de la referencia del otro.

La revolución de la información y de la comunicación, en el sentido en que las he entendido, trastoca entonces todas las relaciones entre comunicación, cultura y conocimiento, y contribuye a repensar las condiciones del vínculo social contemporáneo. Por eso una teoría de la información y de la comunicación es, al fin y al cabo, inseparable de una visión (o, incluso, de una teoría) de la sociedad. La paradoja hoy día es que nunca ha sido tanto cuestión de comunicación y de interactividad, hasta el punto de querer hacer de ellas un modelo de sociedad, en un momento en que, simultáneamente, nunca ha habido tantos muros físicos entre los pueblos y tantos muros de incompreensión entre los ricos y los pobres, los viejos y los jóvenes, los emigrados y los otros, los que se atiborran de tecnologías y los que están desprovistos de ellas.

2

Las técnicas, entre emancipación e ideología

¿Cuál es el propósito de este libro? Reflexionar sobre la comunicación con el rasero de las tres rupturas que se han sucedido en los últimos cincuenta años: la victoria de la información; el triunfo de las técnicas con la integración de las telecomunicaciones, de la informática, de lo audiovisual, y la mundialización que acelera las dos victorias precedentes. ¿Cuál es el desafío? Apartar información y comunicación del imperio de la técnica, que frena la reflexión sobre la comunicación en mayor medida que las prestaciones de los instrumentos difuminan los inevitables fracasos de la comunicación humana y social. Pensar el paso de la información a la comunicación es, pues, destecnicificar la comunicación, volver a poner la técnica en su sitio.

1. De la técnica a la ideología técnica

¿En qué consiste la ideología técnica aplicada a la comunicación? En confiar a los instrumentos el cuidado de resolver problemas de sociedades que son ajenos a su campo de competencia. En este caso, es creer que cuantas más técnicas haya —el día de mañana habrá 6.500 millones de internautas, por ejemplo—, más se comprenderán los individuos. Es subordinar los progresos de la comunicación humana y social al progreso de la técnicas. Luego, atribuir a dichas técnicas el poder de cambiar estructuralmente el modelo de sociedad. Por último, confundir el sentido de las palabras, hablando por ejemplo de civilización y de sociedad digital, sociedad de la información, democracia digital, sociedad en redes... Palabras que remiten a la idea de omnipotencia de la técnica, ya que es ella la que da su nombre a la sociedad a la que se aplica. Esto equivale a confundir dos realidades de naturaleza diferente, la técnica y la sociedad, haciendo de los dispositivos técnicos el corazón de un modelo de sociedad, sobre todo si tenemos en cuenta que inciden en el hecho esencial de la actividad humana: la comunicación. No se está hablando de «sociedad nuclear».

La ideología técnica no es una ideología más. Ciertamente, no hay sociedad sin ideología, sin vínculos que

unifiquen los grupos sociales, en la política, en la religión o en la cultura..., vínculos que evolucionan a lo largo del tiempo, se recombinan, que son indispensables para la vida social. Lo que critico aquí es la ideología técnica, una de tantas, que consiste en atribuir un poder normativo, excesivo, a las técnicas de comunicación, para hacer de ellas el elemento más importante para organizar y dar sentido a la sociedad. Por otra parte, la confusión también viene del vocabulario: la expresión «técnica de comunicación» une las técnicas, en las que en efecto ha habido muchos progresos, *con* la comunicación, en la que no ha habido progresos similares. El progreso de las técnicas, por desgracia, no basta para crear el progreso de la comunicación entre los hombres y las sociedades. Los hombres, sumergidos en un universo de técnicas, ¿se comunican mejor, en el sentido de una intercomprensión mutua, que hace cincuenta años? De ahí el sueño, que se plantea una y otra vez, de que mejores técnicas permitirán una mejor comunicación. El símbolo de todo esto es el «Blackberry», posiblemente en mayor medida que el ordenador. Tener el mundo en la punta de los dedos, poder hacer todo, recibirlo todo, enviarlo todo, crea un sentimiento de omnipotencia y de seguridad. ¿Cómo podría fracasar la comunicación, con un instrumento tan poderoso e interactivo?

¿Las técnicas de comunicación? Son la comunicación sin información. Restablecer un continuo entre información y comunicación allí donde la comunicación humana no lo consigue. Están relacionadas con una ideología de la transmisión que confunde la rapidez y las hazañas de los instrumentos con la incertidumbre y la complejidad de la comunicación humana. Reflexionar sobre las relaciones entre información y comunicación es pues, de entrada, destecnificar la cuestión de la comunicación y recordar que si bien la técnica facilita sin duda la comunicación humana —basta con remontarnos a hace un siglo atrás— en la actualidad ya no es suficiente. *La mediatización, la transmisión, la interacción no son forzosamente sinónimos de comunicación.* Sí, las técnicas han hecho progresos considerables que permiten mejorar las comunicaciones sociales. No, nunca serán suficientes para resolver las aporías existenciales de la comunicación humana... ¿o es que nos encaminamos hacia «soledades interactivas»?

¿Un síntoma de nuestra dependencia de las técnicas de comunicación? Obsérvese nuestro estado psicológico cuando nos encontramos separados del ordenador y/o el teléfono móvil durante más de dos días. Inconcebible... A muchos de nosotros nos pone enfermos. Esta adicción dice mucho más que cualquier discurso. Pero ¿cómo hacían antes, no hace ni treinta años? ¿Y los más de tres mil millones de individuos que no los tienen?

¿Y qué valor tiene todo este mundo en tiempo real o en simultaneidad, cuando más de mil millones de individuos tienen hambre? Paradoja tanto más chocante, esta dependencia es la marca de nuestra aceptación de la *trazabilidad*, mientras que la emancipación consistió, durante siglos, en liberarnos de todas las dependencias exteriores (religiosas, políticas, etc.). Las técnicas de comunicación contribuyeron a este movimiento de emancipación, y en el momento en que el individuo es libre, independiente de toda autoridad, es cuando se sujeta, esta vez *voluntariamente*, a las técnicas que antes le permitieron liberarse. Las «servidumbres voluntarias» son innumerables. El vínculo histórico entre emancipación y técnica de comunicación es tan fuerte que, por el momento, la gran mayoría de «usuarios» no ve el nuevo estado de dependencia en el que nos hemos instalado. De instrumentos de liberación a instrumentos de trazabilidad no hay más que un paso, franqueado en una generación, sin que por el momento haya habido ninguna reacción ante este hecho... La técnica ha devorado a sus hijos, pues si algo nos gusta de estas técnicas es la velocidad, las prestaciones, la interactividad y los sentimientos de libertad que de todo ello se derivan, muy alejados de una percepción de la dependencia.

Interactividad, la palabra mágica que simboliza la mezcla de libertad y de inteligencia. La adicción es tal que se

identifica la libertad con el hecho de estar multiconectado. Internet, sin embargo, no es más que una red, también en el sentido de la red que apresa, al contrario de la libertad que simboliza. Por el momento, en Internet sólo se ve la libertad, no el control. Casi un nuevo *habeas corpus*, una oportunidad para la emancipación, para la circulación. Con la ideología técnica, pues, se ha pasado al otro lado del espejo. Todo se individualiza, sin problemática colectiva. «Hacer lo que quiero como quiero» se convierte en la «libertad digital», garantizada por el «acceso libre» y amplificada por la «interactividad generalizada». El despegue es reciente, aunque se encontrarían muchos puntos en común con las esperanzas inauditas ligadas a la aparición de la televisión por cable hace cincuenta años y de la radio en la década de 1930.

La ideología técnica se nota igualmente en el *olvido* de las revoluciones técnicas anteriores: no se compara nunca y se cree que todo ha empezado hoy. Nada de historia, nada de comparaciones. Es también una postura que no soporta la menor crítica y exige una adhesión total. Con la ideología técnica, como sucede con todas las ideologías, no hay elección. Es todo o nada. Toda crítica es asimilada a la tecnofobia y al conservadurismo. ¿Un ejemplo? Se critica a los niños por las horas que pasan delante de la televisión, siempre bajo sospecha de producir alienación.

Pero no se dice nada cuando éstos se pasan las mismas horas frente al ordenador. Casi a la inversa, en éstas se ve la marca de cierta inteligencia y de un espíritu abierto. Algunos sueñan incluso con que los niños se sirvan de esos instrumentos desde la guardería. ¿Por qué no se toma más distancia? ¿Por qué las crisis y las amenazas no se perciben todavía?

El XIX y el XX son los dos grandes siglos, tanto para la libertad de información, como para la comunicación y la técnica. Al final del siglo XX aparece la confusión entre progreso técnico y progreso de la comunicación. Probablemente será a principios de este siglo cuando se consiga *desacoplar* los milagros técnicos y las aporías de la comunicación. Hasta hoy, las técnicas de comunicación siempre habían acompañado a los movimientos de emancipación; hoy la problemática cambia, pero esto no se quiere ver. *Los más dependientes sólo se refieren a Internet como un «instrumento»*. Y al mismo tiempo lo consideran el instrumento que debe «revolucionar» y «liberar» las relaciones humanas y sociales. Hay a la vez una seudobanalización y una hipervalorización, cuyo resultado es una especie de idea utópica que sustituye a menudo a las ideologías políticas —actualmente en crisis— y que corresponde al reinado del individuo, desplazando a los sueños de otros modelos de relaciones sociales y a los medios para domesticar esta

mundialización tan incierta. Tal idea utópica —y aquí reside su fuerza— revitaliza los sueños de solidaridad, esta vez a escala planetaria. La técnica permite restablecer la continuidad allí donde la comunicación revela la discontinuidad y la incomunicación. Por este motivo, hasta ahora, los hechos se siguen ignorando: desde los riesgos de la trazabilidad hasta las amenazas contra las libertades y la realidad de las «soledades interactivas», nada parece perturbar el poder del paradigma técnico.

2. Internet, entre utopía e ideología

Antes que nada es preciso distinguir el papel de Internet en las dictaduras y en las democracias. En las dictaduras, y en la misma medida que la radio, la televisión, la prensa escrita y el teléfono móvil, Internet suele ser un instrumento indispensable para la libertad de información y de crítica por parte de la oposición. Recordemos, sin embargo, que la lucha por la libertad no empezó con Internet y que desde hace ciento cincuenta años se han librado batallas importantes. Recordemos también que el instrumento no basta para crear la función. De entrada, si Amnistía Internacional y todas las ONG y asociaciones se quedan sin militantes la técnica no será suficiente por sí

sola para crear la conciencia crítica y la acción política. Internet está adaptado a la globalización, a condición de no ver en él al único instrumento de los combates por la emancipación. Porque los poderes autoritarios y dictatoriales saben usarlo igualmente para aumentar la represión y llevar a cabo campañas de desinformación y de manipulación. En resumen, Internet, por muy importante que sea como instrumento en pro de las libertades, no sólo no sustituye a otras técnicas y procedimientos, sino que tampoco está desprovisto de ambigüedades. Hay que destacar igualmente su papel positivo para los emigrantes a lo largo del mundo. Éstos encuentran en él un instrumento indiscutible de comunicación, sobre todo en lo referente a las informaciones de la prensa y las informaciones como servicio. Pero Internet no suple la necesidad de conocerse. Por el contrario, la amplifica. Cuanto más fácil es intercambiar, más ganas se tienen de verse físicamente. Tanto mejor. Somos seres sociales, no seres de información. De todos modos los planteamientos que aquí se van a hacer no conciernen al papel de Internet en las dictaduras, sino en las democracias pluralistas.

Internet ilustra la seducción operada por esta mezcla entre utopía e ideología. Ya he consagrado varios escritos a Internet y las cuestiones clave que plantea (en especial, *Internet, ¿y después?: una teoría crítica de los nuevos medios de co-*

municación, de 2000), ahora quisiera retomar la cuestión desde el punto de vista de las relaciones entre información y comunicación. El éxito de Internet, en particular entre los jóvenes, es innegable, aunque la verdadera ruptura tiene que ver más bien con el teléfono móvil, cualquiera que sea la extensión de los servicios que preste, ya que es, ante todo, el símbolo de la comunicación humana entre dos, *mediante la voz*. El verdadero espacio privado es el teléfono móvil, donde todo se puede decir, sobre todo desde el punto de vista afectivo. Lo más importante en la vida privada o pública pasa cada vez menos por Internet. Antes, recibir correos electrónicos era un privilegio, casi un símbolo de poder; hoy es una carga. Todo el mundo se pasa el tiempo enviándolos, pierde un tiempo increíble «bajándose e-mails», seleccionándolos y respondiéndolos. La información accesible se ha convertido en una tiranía. Para trabajar en serio hay que apartarse de esa facilidad técnica, recuperar tiempo. A veces el sueño se convierte en pesadilla, en la medida que, como se sabe, las informaciones más importantes vinculadas al ejercicio del poder y las decisiones *nunca* se difunden por Internet, sino por teléfono o de viva voz. En suma, la extraordinaria apertura de un espacio de informaciones interactivo por Internet no cambia fundamentalmente la relación muy compleja con la que los individuos gestionan y manipulan las relaciones entre información y poder o secreto y rumor.

Tampoco en este caso basta la capacidad técnica para cambiar las relaciones del hombre con el poder y la información. De todos modos tampoco está sólo Internet. También están —y en proporciones todavía mayores— la radio y la televisión. Las cifras obligan, por otra parte, a relativizar y a introducir algunas comparaciones. Cuatro mil quinientos millones de radios, tres mil quinientos millones de televisores, dos mil quinientos millones de teléfonos móviles, mil ochocientos millones de ordenadores.

También hay que recordar que la convergencia técnica entre la informática, las telecomunicaciones y lo audiovisual no significa, de todos modos, el fin de las diferencias de identidades y de estilos... *El soporte no es el contenido*. Si lo fuera, el cine hubiera tenido que desaparecer hace cincuenta años con la llegada de la televisión. La relación de fuerza entre estos tres gigantes provocará todavía más fusiones industriales, financieras, técnicas, pero no por ello todo se mezclará con los servicios y aplicaciones. Al contrario, cuanto más se racionaliza la técnica y ésta reúne voz, imagen, texto y sonido, más afectan las diferencias de orden cultural a *la naturaleza* de la actividad, o sea, lo más importante. Esta es la batalla de pasado mañana. Hoy día lo que fascina es la batalla técnica, con la multiplicidad de las aplicaciones; mañana será la de la *diversidad* de los contenidos.

¿Cuáles son los elementos de seducción de Internet desde el punto de vista de las relaciones entre información y comunicación? Las palabras que se nos ocurren son potentes y exactas: libertad, movilidad, elasticidad, rapidez, interactividad, iniciativa, participación, innovación, juventud, confianza, reactividad, contrapoder, emancipación y globalización. Tres palabras resumen la atracción de Internet: rapidez, libertad e interactividad. Una ruptura cultural y generacional respecto a los medios de masa. El reino del individuo, la victoria de la información que uno va a buscar donde quiere, cuando quiere... y esa sensación de ser inteligente, competente, de estar al día, de ser capaz de circular sin tener que pedir autorizaciones. En una palabra, tener confianza en uno mismo. Todo esto es cierto. Con Internet se tiene la impresión de salir de las instituciones y de sus corsés. Todo es posible, es una frontera verdaderamente nueva. El individuo y la información son los reyes, y para toda esta generación se trata de una «utopía política»: atravesar los poderes, las estructuras, crear otras solidaridades. Atreverse a usar el humor y la distancia, salir de un espacio oficial sobreinformado, inventar un vínculo distendido y alguna forma de utopía para generaciones que se vieron privadas debido al fin de las ideologías y el economismo dominante de la mundialización. Un contrapoder, en todo caso, que permite expresarse y tomar la palabra, sin reglamento y sin jerarquía.

Su fuerza consiste en no ser una utopía política en el sentido clásico, con un pensamiento global sobre la edificación de una nueva sociedad con sus jerarquías y sus territorios.

Es una suma de pequeños arreglos, de iniciativas y de libertades que liberan de la geografía, de las fronteras, y que toman la mundialización, sin muchos apriorismos negativos, como espacio de referencia, tratando de actuar de un modo pragmático. En este aspecto sí que nos encontramos, ciertamente, en el espacio contemporáneo; aunque lo mismo ocurre con los medios de masas que, en otro registro, desempeñan un papel de vínculo social y, simultáneamente, de ventana abierta al mundo (véanse *Elogio del gran público: Una teoría crítica de la televisión*, 1992, y *Penser la communication*, 1997). Al contrario de lo que reza un tenaz estereotipo, Internet y la televisión son, desde este punto de vista, complementarios: Internet permite salir de los territorios, mientras que la televisión, finalmente, los asegura.

De todos modos, Internet es interesante por las paradojas que suscita. Por un lado, relanza la práctica de lo escrito, por otra parte la desvaloriza, pues todo se escribe y se difunde, sin selección ni jerarquía. Revalorización y desvalorización de lo escrito al mismo tiempo. Con esa condición extraña de escritura mezclada y sin sanción, en la que encontramos tanto información-servicio como confi-

dencias, expresión, testimonio... Otra paradoja: todo el mundo queda fascinado por el volumen de información a la que puede acceder, pero nadie se plantea la pregunta de qué se hace con ella socialmente, a través de la comunicación. Un poco como si Internet operara un milagro: la única técnica en la que la información engendraría, sin dificultad ni resistencia, un vínculo directo entre información y acción, expresión y autoridad. Un dispositivo que simultáneamente permitiría la expresión, la interactividad, el mando, la información-servicio, la crítica y la autoridad, la información y la comunicación... Además, si bien los motores permiten búsquedas muy amplias, ello es a menudo a partir de la lógica de las palabras clave, lo cual supone la desvalorización de criterios más complejos ligados al entrecruzamiento de saberes y erudiciones. El acceso inmediato a todas las bibliotecas digitales no simplifica la relación con el conocimiento. ¿Cómo proteger la libertad intelectual y la creación en este universo donde todo es accesible, cuando la distinción entre producción y utilización se borra y la capacidad técnica de reproducir contenidos de manera instantánea impide toda medición económica? ¿Dónde están los lugares y los espacios de legitimación cuando todo el mundo interviene? Del mismo modo, la regulación, que con todo es indispensable, resulta difícil de organizar, como han puesto de manifiesto las dificultades

del proyecto HADOPI, que ilustran lo estrecho del camino que queda entre la libertad de expresión, la garantía de las fronteras entre vida privada y vida pública, y la protección de los derechos de autor. A grandes rasgos, ¿cómo se puede vivir en un universo al mismo tiempo saturado de informaciones y memoria, que deja poco lugar para los proyectos de acción contemporánea?

Si Internet es el símbolo de las tecnologías de la información, lo que le da sentido es la búsqueda de otra comunicación: los internautas buscan ante todo, crear otras relaciones humanas, otras solidaridades. *El otro*, más que nunca, constituye su horizonte. Un océano de informaciones, no hay duda, pero sobre todo siempre con la misma pregunta: ¿cómo entrar más fácil, libre y auténticamente en relación con alguien? Internet, el emperador de los sistemas de información, vuelve al eterno tema de la comunicación humana: «¿Hay alguien, en algún lugar, que me ame?». Y las redes sociales como Facebook no son más que la versión moderna de *Le Chasseur Français*, con todas las búsquedas de vínculos afectivos y sociales. La expresión «redes sociales», por otra parte, lo dice todo. Más allá de las redes, lo que prevalece es lo social, o sea lo humano. ¿Cómo encontrarse con más facilidad? Con un sueño de igualdad, visible en la lógica «peer to peer» nos buscamos y somos todos iguales. Desde la *web* hasta los *blogs*, pasando por los *twitters*

y las múltiples redes, se trata siempre de la búsqueda de otra comunicación humana, más libre y auténtica. Esa soledad rampante, terrible en los lugares urbanos donde todas las estructuras sociales y familiares han estallado, suscita, con razón, la necesidad de construir nuevos vínculos comunitarios. Internet, un medio para la lucha contra esta nueva realidad: libres, pero solos. Un instrumento a la medida de generaciones más generosas de lo que se cree, que, bajo el cielo hoy día más bien poco elevado de las utopías políticas, buscan otras relaciones, con humor e ironía, como tratando de navegar por las trampas y callejones sin salida de la Historia.

Por supuesto, lo esencial de Internet no está ligado a esta búsqueda de la comunicación, sino más bien a los problemas planteados por la inmensidad lucrativa del reino de la información como servicio. Aunque no hay que subestimar la búsqueda de libertad, de igualdad de la comunicación que anima a los jóvenes internautas. *El fin de las soledades innumerables*. El individualismo de Internet *simboliza* también la búsqueda de un otro colectivo. Se está consistentemente entre utopía e ilusión técnica. El tiempo, los fracasos y los logros irán estableciendo distinciones entre servicio, mercados, desahogo, emancipación y utopía política. A condición de que el mundo «adulto» no sucumba, a su vez, a ese seguidismo técnico para parecer moderno.

Las ilusiones guardan proporción con las proezas y las utopías de las que Internet es objeto. El mayor espacio de libertad es también el de las mayores perversiones financieras, criminales, mafiosas o pornográficas, y es la mayor revista de rumores y manipulaciones, ya que en ella lo esencial de las informaciones no está validado. Pero de momento el Lejano Oeste seduce más que la idea de reglamentación política que acabará imponiéndose, como con la prensa, la radio, la televisión, cuando los escándalos lleguen a ser demasiado violentos. Internet no podrá permanecer fuera de la ley y tendrá que abandonar la ideología de la desregulación, verdadero doble de la ideología técnica. Curiosamente, incluso con la crisis actual del capitalismo financiero, todavía no se habla de la necesidad indispensable de reglamentar Internet. Aparte de esto, la trazabilidad generalizada, enmascarada por la vivencia del sentimiento de libertad y de omnipotencia, puede poner en cuestión los fundamentos de las libertades públicas y privadas adquiridas con dificultad en tres siglos de batallas políticas. Pero da igual, la ley es percibida como liberticida, cuando desde siempre la ambición de la ley en las democracias no ha sido matar las libertades, sino protegerlas.

«Voy a comprobarlo en Internet.» Omnipresente, esta frase traduce una inmensa ingenuidad acerca de la cuestión de la verdad. Y en la calle, cuando nos paseamos, no

pasa ni un minuto sin que alguien pronuncie la palabra Internet. Se pasa enseguida del sentimiento de la libertad individual a la realidad de la dependencia y de la trazabilidad. Una trazabilidad que, por otra parte, es mucho más perniciosa que la relativa al control mediante ficheros. Hoy y mañana, gracias especialmente a los chips RFID, se sabrá mucho más del *comportamiento* de los individuos. Y la trazabilidad pasará de los nombres y los ficheros, ya polémicos (véase la batalla por EDVIGE), a la trazabilidad en lo concerniente a la personalidad y sus comportamientos. Los individuos y los grupos probablemente no se dejarán encerrar en esta sociografía comportamental, pero hay riesgos. Además, ¿qué se hace con el tiempo que se gana con Internet? La velocidad de la información, inseparable de cierto vértigo de omnipotencia, se convierte también en un medio para «zapear» la alteridad, la cual, por su parte, requiere tiempo. *El tiempo, principal enemigo de Internet.* Zapeamos, pero limando las diferencias. De todos modos, los conocimientos no progresan, ni se intercambian, ni se integran a la velocidad de las informaciones; pero incluso son indispensables para resistir a ese *zapping* cognitivo y para dar un sentido a un océano de informaciones. Velocidad y horizontalidad. ¿Por qué no? Pero ¿hasta dónde, con respecto al espesor de la realidad, la lentitud de los conocimientos y la incompreensión del mundo? Es preciso

respetar, por encima de todo, la frontera política, formada por tantos siglos de batallas, entre el espacio público y el espacio privado. Hacerlo todo público acerca de uno mismo y los demás no es un progreso. No todo es transparente y comprensible de manera inmediata.

Más allá de esto, la cuestión sigue siendo la de la experiencia: la necesidad absoluta de dejar las redes y las técnicas para volver a experimentar la «realidad real» social, humana y afectiva. Tengamos cuidado con los esquizofrénicos de las redes sociales, a las soledades interactivas. Las «amistades digitales» deben reencontrarse con la realidad, pues ahí está la prueba, una vez apagadas las máquinas. Reencontrarse con la realidad más que vivirla en la pantalla.

Lo que también gusta en Internet es esa abundancia de informaciones que da casi un sentimiento de omnipotencia. Pero cuidado con la «malinformación» y la «infobesidad», en las que todo se mezcla, en el presente y en el pasado. Entre la velocidad y la omnipresencia de las memorias, ¿qué queda para el presente y sus proyectos? ¿Cómo evitar el encerramiento de las comunidades mundiales, incapaces de abrirse y de tolerarse unas a otras? La desconianza ante la alteridad y la tendencia a refugiarse en un comunitarismo mundial son compatibles con la generalización de los sistemas de información. Comunicarse con los que se parecen a ti en el otro extremo del mundo no

viduos viven hoy, piensan, crean e imaginan sin Internet. Relativizar el aporte de una técnica que nos encierra en una historia sin historia, ahogándonos en un océano de informaciones que, finalmente, son sincrónicas. Internet o el sueño y la ilusión de un espacio técnico donde el tiempo, de tanto ir deprisa, ha acabado por detenerse. El internauta, un individuo tentado por salir del espacio y el tiempo, desembarazado del otro —demasiado diferente— y busca de su alma gemela en una especie de nueva realidad, más o menos indiferente a las cuestiones sociopolíticas planteadas por Internet.

He aquí lo que sería la mala salida de la Historia. Internet podría ilustrar lo peor de la ideología técnica, o sea, la sumisión al instrumento; la indiferencia por el receptor como figura de la alteridad; la ilusión del tiempo detenido; la reducción a intercambios en línea. Y en esta deriva posible, aunque no ineludible —pues la historia nunca está escrita por adelantado—, las elites y los políticos tienen responsabilidades aplastantes. *El seguidismo para parecer moderno*. Con una responsabilidad particular de los científicos, que hubieran debido ser los primeros en decir que el rey estaba desnudo, pero que tuvieron ganas, por una vez, de ser «modernos». Los políticos se precipitaron enseguida, también ellos, para parecer modernos. Salvo que, paradójicamente, imaginaran que el contacto con el ciudadano

facilita la convivencia con el extranjero, el inmigrante o, simplemente, el otro que hay más abajo en el edificio.

La tolerancia en relación al otro, fundamento de toda comunicación normativa, no tiene gran cosa que ver con la velocidad de intercambio de las informaciones. Las relaciones humanas y sociales son mucho más complicadas que Facebook o que surfear por Internet. Y en los *blogs*, *twitters*, *web* y otros flujos, ¿qué hay del silencio, de la duración y del distanciamiento? ¿Todo puede ser interactivo? Y no será el mito del «Internet de los objetos», mediante RFID, el que haga más simple esta problemática. Hablar de «comunicación entre objetos» raya con el absurdo, o bien supone haber eliminado definitivamente la comunicación humana. Ya tiranizados por los innumerables correos electrónicos intercambiados, los individuos, al borde del abismo de la comunicación, se conectarán con chips interactivos de objetos inanimados.... Superhumanismo. ¿Qué hay que inventar todavía, a modo de antropomorfismo de las técnicas y reificación de la comunicación humana? ¿La Internet 3.0 de los objetos, colmo del refinamiento técnico? No: tan sólo es el robo ridículo de todo el sentido de las palabras.

Salir del presente a ultranza, reintroducir la historia de las técnicas de comunicación y de sus utopías. Recordar que la vida no empieza con la red y que millones de indi-

sería más fácil si le hablaban por medio de blogs y no mediante una relación directa.

La interactividad para suplir una comunicación humana difícil. Y, a modo de complemento, los *gadgets* de la democracia electrónica, que tenían que «relanzar» la participación de los ciudadanos en la política, olvidando que la política nunca puede ir a la velocidad de la información. Internet no podrá ser el nuevo motor de la democracia, porque la cuestión del poder no es sólo una cuestión de información, sino de valores y de comunicación humana. Para terminar, el último mito, ya muy presente antaño con la radio y hace poco con la televisión: Internet como condición de la democratización del saber y de la cultura. Todo en Internet, para democratizar el acceso al saber y la cultura, olvidando que ambas son inseparables de experiencias humanas y sociales que nada tienen que ver con el acceso inmediato de todos a todo.

En pocas palabras, ¿por qué las elites, en particular las científicas, que deberían haber sido las primeras en relativizar la «revolución Internet», son tan conformistas y no guardan ninguna distancia humorística frente a lo que se nos presenta como el porvenir radiante del mundo de mañana? Las elites habrían podido limitarse a reubicar en el tiempo, comparar y finalmente distinguir la proporción entre la parte de apertura, de expresión, de espacio crítico

y, por otro lado, la trazabilidad, el narcisismo, la estandarización y la racionalización inherentes a un sistema técnico de información. ¿Por qué esta dimisión del pensamiento y este seguidismo conformista?

3. Salir de la ideología técnica

La ideología técnica se manifiesta especialmente en la aplicación de los modelos de la cibernética a la sociedad, con la esperanza de mejorar su racionalidad y su funcionamiento. No es más que la parte visible del sistemismo, especie de ideología de la racionalidad que se aplica tanto a lo que debería ser la relación con la naturaleza como al funcionamiento de la sociedad y las relaciones humanas. El sistemismo se ha convertido un poco en ideología global, reeditando de un modo más sofisticado el positivismo cientifista del siglo XIX.

Al final todo se mezcla. La emergencia del pensamiento complejo en el campo de la teoría de los sistemas sirve para refundar diversas teorías del conocimiento y para revitalizar ideologías positivistas, como la ideología técnica. Pero con esta especificidad, tal ideología se aplica a la información y la comunicación, que están en el corazón de la experiencia humana y del funcionamiento de nues-

tras sociedades. No estamos, pues, ante una ideología «pe-
riférica» sino en el corazón de la modernidad, con el mo-
delo de la libertad de los individuos y la búsqueda de otras
relaciones sociales. Se comprende, pues, por qué la ideo-
logía técnica tiene tal éxito, a menudo identificado con
un «nuevo humanismo». Son muchos los que de buena fe
soñarían con que las relaciones humanas y sociales funcio-
naran con la misma eficacia que los modelos cibernéticos,
la teoría de los sistemas y las redes.

Restablecer la discontinuidad entre el pensamiento
racional, el sistemismo, las técnicas y el funcionamiento
de las relaciones humanas y la sociedad es, por lo tanto,
indispensable para evitar las seducciones y las ilusiones de
la ideología científica y técnica. Ayer esta última, a partir
de la conquista de la materia y de la naturaleza, creía poder
dar nacimiento a un nuevo modelo de sociedad. Hoy, con
los sistemas de información y las metáforas ligadas a la bio-
logía y a la teoría de los sistemas, parece adaptada al fun-
cionamiento de la sociedad en red.

Se trata siempre de adoptar la misma decisión teórica:
establecer o no una continuidad entre el pensamiento, los
sistemas técnicos y la sociedad; entre la información, la
comunicación y los hombres. La ideología científica y téc-
nica, hoy día adosada a la racionalidad de la teoría de los
sistemas y de la complejidad, cree poder refundar un nue-

vo modelo de sociedad, más elástico e interactivo que el de
antes, centrado en la jerarquía y la estabilidad. Y el pensa-
miento crítico es siempre el mismo: recordar la diferencia
de lógica que hay entre las problemáticas de las ciencias y
las técnicas, las de los hombres y las de las sociedades.

De ahí que la teoría de la comunicación que defendo,
que insiste tanto en la discontinuidad, la incomunicación,
la negociación y la convivencia, remita a esa tradición del
pensamiento crítico, que quiere mantener la diferencia de
naturaleza entre las ciencias, la sociedad y los hombres. Lo
mismo ocurre cuando subrayo la importancia del *conflicto*
de legitimidades, frente al cual se debe hacer todo lo posible
para preservar las diferencias de lógicas entre las tres gran-
des relaciones con el mundo que son *la información*, *la*
acción y *el conocimiento*. En realidad, hay un conflicto epis-
temológico permanente entre quienes elaboran teorías de
la unidad y quienes hablan de discontinuidad. La parado-
ja es que la historia de las ciencias recientes, tan inter-
disciplinarias —ciencias del universo, de la vida, del me-
dio ambiente y de la comunicación— refuerza más bien el
segundo punto de vista, que privilegia la discontinuidad,
sin que este hecho haya tenido la menor influencia sobre
la corriente dominante, centrada en la unidad. El conflic-
to, muy antiguo, entre las teorías deslumbradas por la uni-
dad y aquellas que aceptan la discontinuidad se reproduce

en el lugar que las ciencias sociales conceden a una teoría de la comunicación.

Las doctrinas que insisten en la omnipotencia del poder y, por lo tanto, en la capacidad para manipular a los ciudadanos, no creen en la autonomía del receptor. Las doctrinas que, por el contrario, tienen una visión más abierta y conflictual del poder, valorizan una situación en la que el receptor puede oponer resistencia.

Volvamos a la ideología técnica en el dominio de la comunicación. Dejar la ideología técnica es abandonar el tecnicismo: recordar que los progresos de la comunicación humana no son proporcionales a los progresos de las técnicas; separar comunicación y técnica, que durante cien años han estado vinculados en el mismo movimiento de emancipación. El progreso técnico ya no es sinónimo de progreso de la comunicación, del mismo modo que informar ya no es comunicar. La omnipresencia de las técnicas ha acabado con todo espíritu crítico, hasta tal punto que para muchos la comunicación sin técnica ya no es posible. La *red* se convierte en la palabra mágica. Pero, para empezar, una red agrupa —pues ésa es su fuerza y su seducción— a quienes tienen puntos de vista en común. Sea cual sea su extensión, una red está, de entrada, del lado de lo mismo y de la comunidad. Tal es la razón de que sean muchos los que quieren estar en las redes. ¿Qué

ocurre entonces con la problemática, más complicada, de la sociedad, en la que es preciso reunir, no sólo a quienes tienen valores e intereses en común, sino también a todos aquellos, mucho más numerosos, que son diferentes? *La convivencia, como horizonte de la comunicación, no tiene nada que ver con la comunicación en red, vecina del comunitarismo.* Y el desafío de la mundialización no es gestionar la lógica comunitaria, sino la de la heterogeneidad en una perspectiva de convivencia. La sociedad en redes es afín al modelo individualista y comunitario, y elude el modelo, más complejo, de la alteridad y la sociedad.

En realidad, hay que reintroducir distancia histórica y geográfica. Revalorizar a los autores, muy numerosos, que tras la primera guerra mundial fueron los primeros en cuestionar el cientifismo y el tecnicismo que habían facilitado las industrias de la muerte. En aquella época, la crítica de la omnipotencia técnica fue fácil de entender, pues el recuerdo de las masacres estaba omnipresente. Ellos osaron decir que la técnica podía ser bárbara. El debate resurgió con timidez con la bomba atómica, pero desde hace cuarenta años el progreso, tan fascinante sobre todo en las técnicas de comunicación, ha ocultado el resto. O, más bien, estamos seguros de que con ellas hemos encontrado las «buenas técnicas». En este punto estamos, con una reflexión crítica histórica y teórica bloqueada y anes-

tesuada. Hay que salir de la técnica, explicitar los vínculos entre teorías de la comunicación y teorías de la sociedad. Por eso, dicho sea de paso, nunca se rendirá el homenaje que merecen a la escuela y a los profesores, quienes, ellos sí, saben desde siempre que lo esencial de la educación, más allá de las informaciones y de los conocimientos, pasa por ese diálogo tan complejo entre los seres vivos. Ellos saben muy bien que las técnicas, desde la radio hasta la televisión y hoy día el ordenador, abren nuevas pistas para la pedagogía y la enseñanza, pero saben también, por experiencia, que por muy interactivos y seductores que sean los canales, no tienen la eficacia de la comunicación humana —ésta sí, imperfecta y turbadora—, sin la cual no se transmiten ni los conocimientos ni educación.

¿Qué prueba tenemos de la omnipresencia de la ideología técnica? Ningún debate político sobre su sentido y reglamentación. La izquierda y la derecha se han puesto de acuerdo en Europa, tierra, sin embargo, de larga tradición crítica científica y técnica, para no abrir la caja de Pandora y de la comunicación y seguir confundiendo progresos técnicos con progresos de la comunicación. Por todas partes la misma ideología del progreso, identificado con las técnicas. Sin una mirada histórica y comparativa. Los políticos de todas las familias podrían recordar esta evidencia: las nuevas técnicas sólo pueden favorecer el

individualismo *si* el vínculo social *previamente* existente no está amenazado. De lo contrario, la anomia y la anarquía son lo que puede resultar del aumento de las relaciones segmentadas en el vínculo social. Toda crisis económica, política, religiosa, revela la primacía de lo colectivo sobre lo individual. Volver a poner el individualismo en perspectiva es esencial para recordar la importancia del vínculo social y de la sociedad frente al comunitarismo. No porque los hombres usen los mismos instrumentos en todas partes piensen de la misma forma, ni tienen la misma visión del mundo.

Por último, hay que recordar sin cesar que lo propio de las industrias culturales, y sobre todo en la comunicación, viene de la superioridad de la lógica de la oferta y de la creación frente a la de la demanda y los gustos. La oferta siempre es más compleja que la demanda, pues consiste en *asumir el riesgo* de producir informaciones y programas para públicos, no siempre identificados, a los que se espera poder interesar, sin ninguna garantía. Y cuanto más general es un medio, más difícil es la tarea, pues se trata de movilizar a públicos muy diversos. La lógica de la demanda, en particular en materia cultural, es por el contrario mucho más fácil, porque consiste simplemente en ofrecer aquello que los públicos quieren. Y esto siempre se justifica con esta frase demagógica: «Sed libres, consumid sólo lo

que os interese». Responder a la oferta obliga a abrirse y a salir de uno mismo. Privilegiar la demanda es más satisfactorio, con el riesgo de encerrarnos en los guetos. La prensa, la radio y la televisión tienen que ver mayoritariamente con una lógica de la oferta, mientras que Internet responde a una lógica de la demanda. Ambas son complementarias, y muchos individuos se han emancipado, desde hace una generación, gracias a los progresos de esta lógica de la demanda. A condición, de todos modos, de recordar que la dificultad sigue estando más bien del lado de la oferta, o sea, el riesgo de la creación.

3 Hazañas y derivas de la información

La información es la verdadera victoria del siglo XX, con sus tres dimensiones: prensa, vinculada a la política; servicio, vinculado a la economía, y conocimiento, vinculado a las industrias del mismo nombre. Sin olvidar la información relacional, en el corazón de la comunicación humana, que atraviesa todos los medios sociales y organiza nuestra vida de todos los días.

En suma, la información, en todos los sentidos de la palabra y con todas las ambigüedades imaginables, es uno de los valores centrales de nuestras sociedades abiertas, cuyo espectro cubre por completo, desde el más noble y normativo hasta el más banal y funcional.

1. La información, actor de todas las emancipaciones

La historia de Occidente y su emancipación, así como la del mundo en general, es indisociable de la batalla por la libertad de la información, eje central de todos los combates por la emancipación. No se insistirá nunca lo bastante en este hecho. Aunque hoy día la información esté entretrevida con todas las relaciones de poder ligadas a su industrialización, no pierde esta dimensión de emancipación. Es la condición para la apertura de la globalización, el primer paso hacia la comprensión del otro.

La información es siempre la condición del espíritu crítico, pero hoy algo cambia, sin que se midan bien las consecuencias: todo el mundo sabe y lo ve todo, casi en tiempo real. ¿Cómo afectará esto al indispensable espíritu crítico? Porque el pluralismo mundial de la información, vinculado especialmente a la emergencia de la diversidad cultural, sólo está de momento en sus primeros balbuceos. Todo se torna más incierto. Las técnicas van muy deprisa, más deprisa, en todo caso, que la reorganización de los mercados de la información y de la comunicación, y sobre todo más deprisa que la reflexión sobre el papel real de la información en la sociedad del mañana. Por otra parte, sea cual sea la naturaleza de la información, el papel del recep-

tor se impone. No es en absoluto garante de la verdad, pero cada vez está más omnipresente, también a escala mundial.

2. Las derivas de la información

Son proporcionales a su victoria política, cultural, económica y técnica, en una alegre mezcla de dimensiones funcionales y normativas. Desde los financieros hasta los internautas, desde los periodistas hasta los militantes, desde los hombres políticos hasta los especuladores, todo el mundo defiende la libertad de información, otorgándole, evidentemente, sentidos distintos.

Si bien las contradicciones son más fácilmente visibles en lo que concierne a la información como prensa, por lo que se dispone de códigos culturales y tradiciones para decodificarlas, son igualmente numerosas en los otros dominios. Podemos clasificarlas en diez categorías:

1. Más informaciones no crean más *diversidades*, sino más racionalización y estandarización, ya que la competencia desenfrenada conduce paradójicamente a que el todo el mundo trate de lo mismo, de la misma forma, en el mismo momento: la abundancia no

- es sinónimo de verdad. La competencia acentúa el conformismo.
2. En consecuencia, no hay suficiente apertura, ni comparación, y a menudo hay demasiadas ideas convencionales y estereotipos. Lo contrario de lo que supeitamente produce la información. *La rapidez* de la información impide a menudo que se profundice mediante el conocimiento y la confrontación.
 3. Demasiada *simplificación*, porque la información cuesta cara y hay que ir a «lo esencial», o sea, sin preocuparse demasiado por los contextos culturales, que sin embargo son fundamentales con la mundialización. La información, ¿caricatura del occidentalismo?
 4. *Una ideología del scoop*. El *scoop* es el único medio para singularizarse en esta carrera de la competencia. En detrimento de las ideas y de la profundidad histórica. La «peopolización», dudosa identificación con los poderosos, justifica todas las derivas. Todo ello reforzado por la omnipresencia de Internet, que acentúa esa cultura de la urgencia y del voyeurismo.
 5. Un carrera de *velocidad* para imponerse a la competencia. Si todo el mundo lo ve todo y lo sabe todo, o casi, ello es a condición de ir deprisa. En detrimento de la comprensión de los acontecimientos, tanto más complejos por producirse a escala mundial.

6. Una *lógica* económica enfrentada a la tentación perniciososa de una prensa gratuita, presentada como la condición de una información «más libre». Pero si es gratuita, ¿quién paga y qué paga? «La gratuidad» acentúa la deriva hacia una información arrastrada por la demanda, lo cual, como todo el mundo sabe, es una amenaza contra la libertad de prensa. ¿La tiranía de la demanda como estadio supremo de la información? ¿A quién beneficia la información gratuita? ¿Por qué aceptar pagar por la información como servicio y no por las otras?
7. *La mundialización de la información* acentúa los defectos anteriores, proyectándolos a escala mundial, con el riesgo de hacer todavía más visibles las contradicciones entre diversas concepciones culturales de la información. ¿Dónde está aquí el pluralismo? Con un problema suplementario: el de la credibilidad que merecen informaciones sin imágenes, ya que hoy día «sólo se cree lo que se ve».
8. El aumento de los *rumores* y *los secretos*, proporcional al número de informaciones en circulación. «Si nos muestran cada vez más informaciones, es porque todavía hay más que esconder.» El «off» crece proporcionalmente a la apertura y la abundancia de informaciones. A los secretos nunca les había ido tan bien, ni

se habían tolerado tanto, como con el espacio público abierto y atravesado por técnicas y mensajes.

9. Los medios, tanto quienes en ellos trabajan como quienes a ellos son invitados, tienen tendencia a *dar vueltas* en torno a lo mismo. El círculo de los que participan en la producción de la información o su explicación es muy estrecho. Siempre los mismos, constituyen una especie de falsa aristocracia. El mundo de la información y de la comunicación *confunde la luz que él proyecta sobre el mundo con la propia luz del mundo.*

10. Una confusión entre el progreso de las técnicas y la lentitud del trabajo de producción de la información. Como todo se desgasta enseguida, entonces lo «nuevo» se hace cada vez más necesario. Con la tentación de reducir los costos recurriendo a los reducidos de agencias para la información mundial, mientras que por otro lado se busca distinguirse por una información «people», género que se encuentra en expansión.

Estas contradicciones no se esperaban. Hasta tal punto se había pensado, de buena fe, durante ciento cincuenta años, que cuanto más soportes hubiera más completas serían las informaciones, más diversas. No se podía adivi-

nar que el aumento en volumen podía conducir a más estandarización: a los rumores; a la información «people»; al cuestionamiento del papel de los periodistas; al refuerzo de los secretos, paralelamente a la ideología de la transparencia; a la dificultad de dejar de lado los estereotipos sobre el valor del acontecimiento y el *scoop*; al lugar ambiguo que se da a la lógica de la demanda respecto a la lógica de la oferta; al problema planteado por una sobrecarga de informaciones sin claves complementarias para su comprensión; a la captación de la información-conocimiento en una lógica estrictamente económica y de mercantilización, en la misma perspectiva que la información como servicio, en plena expansión...

Surge pues esta pregunta, ayer inconcebible: ¿aumenta la incomunicación de forma proporcional al volumen de información y a la eficacia creciente de los sistemas de comunicación? La incompreensión, incluso la intolerancia y los estereotipos, ¿crecerían en proporción a la velocidad de la velocidad de circulación de la información? ¿Con la trazabilidad cada vez mayor, cara oscura del triunfo de la información? Lo cual obliga a repensar el código legislativo de la información en todas sus formas y todos sus soportes.

En suma, las contradicciones están a la altura de la victoria de la información. La más compleja es, sin duda, que

puede haber al mismo tiempo más informaciones, a menudo idénticas, y cada vez más intolerancia y desinformación.

3. Las líneas de trabajo abiertas

Desde hace cincuenta años, la reflexión crítica acerca de la información va mucho más lenta que las mutaciones técnicas y económicas, y permanece demasiado centrada en la información de la prensa; en cuanto a esta última, a su vez, se reduce en exceso a la cuestión clásica de las relaciones entre prensa escrita y medios de masa, con lo que se olvida la ruptura introducida por el multimedia. Sobre todo, se ignoran demasiado los desafíos planteados por la explotación de la información como servicio y la información como conocimiento, mientras que sigue la fascinación por la cuestión técnica. Como si el porvenir de la información estuviera exclusivamente ligado a Internet.

La primera revolución consiste, pues, en pensar el campo de la información en su conjunto: las noticias, los servicios, los conocimientos, lo relacional. Y en todos los soportes, tanto en sus dimensiones funcionales como en las normativas. Además, de un modo comparativo. No habría nada peor que admitir sólo lo normativo para la

información de la prensa y lo funcional para los otros campos de la información. En verdad, hay un retraso considerable en la reflexión teórica y comparativa, epistemológica y crítica, en lo referente a las múltiples formas de la información y de la comunicación en nuestras sociedades. Una buena parte de las cuestiones ya se plantearon en *La información mañana. De la prensa escrita a los nuevos media*, que publiqué en 1978.

Este retraso es lo que la revista *Hermès*, creada por mí, se dedica a colmar, junto con algunas otras, desde hace más de veinte años. Una revista internacional e interdisciplinar que, desde 1988, se ha convertido en un laboratorio de ideas y un formidable lugar de convivencia teórica donde más de mil autores del mundo entero han estado pensando, «en directo», la comunicación en todas sus dimensiones: científica, política, social y cultural.

Si bien la información es prometeica y la comunicación, finalmente, propedéutica, nadie tiene un verdadero interés en aceptar esta dicotomía. Ciertamente, las problemáticas son distintas, pero las referencias normativas son idénticas para ambas. Se trata siempre de las condiciones más fundamentales de la relación con el mundo para cada uno de nosotros. Ambas están siempre del lado de la emancipación, a condición de consagrarles la suficiente reflexión para conservar sus perspectivas normativas.

Se imponen cinco dominios de reflexión:

1. *Velocidad y volumen no son sinónimos ni de calidad ni de pluralismo.* La velocidad es probablemente la mayor trampa de la victoria de la información. ¿Por qué ir tan deprisa? ¿Quién puede absorber eso? Ni siquiera los periodistas. ¿Qué relación hay entre velocidad, verdad, conocimiento y acción? La velocidad, verdadero aliado durante siglos, porque permitió informar mejor, criticar y emancipar, puede convertirse en un peligro, sobre todo ante la complejidad de la mundialización. ¿Qué es lo que se celebra, la velocidad de la información, su volumen o la verdad? ¿Qué ocurre con la necesidad indispensable de lentitud en un mundo abierto, cuyas fronteras se expanden cada vez más? Velocidad y volumen, por otra parte, están atrapadas en la trampa de la competencia y contribuyen a explicar el deslizamiento estructural hacia la degradación de la información.

Por otra parte, en el momento en que no se habla sino de desarrollo sostenible, de ecología, de otra economía del planeta, más respetuosa con el tiempo y los grandes equilibrios, se constata la tiranía de las *news*, los *scoops*, las revelaciones. Como si la velocidad fuera sinónimo de verdad y objetividad. ¿Qué

significa esa fascinación por el «tiempo real», esa voluntad de vivir en directo como si cada cual fuera periodista en el frente u hombre de estado al borde de la guerra? Como si la velocidad redujera la comprensión, la violencia y la guerra. ¿Por qué desde hace siglos la lentitud de la diplomacia es indispensable para evitar deslizamientos peligrosos, y ahora de pronto se cree en la omnipotencia de las técnicas? Salvar la información es luchar contra la ideología del directo y revalorizar otro papel para los periodistas. Es reintroducir todo aquello contra lo cual la información se construyó, pero que ahora debe reencontrar: el tiempo y la lentitud, los intermediarios documentalistas y periodistas, la selección y la difusión de conocimientos validados. *La lentitud es el tiempo de los hombres, la velocidad el de las técnicas.* Tanto más cuanto que esta ideología de la información y su prima la velocidad refuerzan la guerra de las industrias, librada sin piedad por actores como Google, Microsoft o Apple. ¿Puede haber velocidad y abundancia de informaciones y al mismo tiempo concentración de los operadores? ¿Concentración? El enemigo de todo pluralismo. Podríamos dividir pues la información, dejando aparte su papel complementario indispensable para los conocimientos, en tres

tercios: las «malas noticias», las más numerosas, a menudo repetidas en bucle, pero que se refieren a la actualidad; las *buenas informaciones*, casi ausentes de todos los medios y de todos los soportes, que dan otra visión del hombre y el mundo, y las *investigaciones* que permiten a los diferentes medios, clásicos o nuevos, distinguirse y ampliar las visiones del mundo.

2. *Dominar el progreso técnico* es aquí indispensable, y la necesidad de abandonar la ideología que lo acompaña resulta imperativo. ¿Cómo podríamos vivir, informar, pensar, investigar, por ejemplo, sin Internet, si hoy «todo pasa por ahí»? ¿La técnica ha enriquecido el contenido, o más bien éste se ha adaptado a aquello que la técnica puede ofrecer y producir? La ausencia de distancia crítica es probablemente uno de los frenos más poderosos para una reflexión crítica sobre la situación de la información en la hora de la abundancia y la velocidad.

El poder de las técnicas es igualmente inseparable de intereses económicos dominados por los grandes grupos de información y de comunicación anglosajones. En última instancia esto supone riesgos de contenciosos entre el Norte y el Sur, pero también entre muchos países en el Sur. Sigue habiendo un vínculo demasiado fuerte entre la dominación eco-

nómica del Norte y la dominación de las industrias de la cultura y de la comunicación. Y ello aunque la aparición progresiva de otras cadenas de información, en especial árabes, introduzca una demanda de pluralismo. De todas formas, reflexionar sobre un nuevo modelo económico para la prensa no significa hacer de Internet el centro de este nuevo modelo.

3. El receptor (que es también el internauta, el bloguero o el actor, o sea, el que va a interactuar) es el nuevo actor central. Siempre ha existido, por supuesto, pero ahora se siente autorizado y crítica, a medida que se va emancipando y en proporción al número creciente de informaciones con las que es bombardeado. No siempre tiene la razón, ni mucho menos, y ahí reside precisamente el problema, porque informar es la mayor parte del tiempo ir a contracorriente de las opiniones de los receptores.

Informar sigue siendo una negociación implícita entre los hechos, el acontecimiento, el contexto y las representaciones. ¿*Los receptores? Imposible ignorarlos, imposibles de satisfacer*. El margen de maniobra es tanto más difícil cuanto que la información ya no es sagrada, al ser sobreabundante y a menudo predigerida. El receptor es a la vez el mejor aliado de la

libertad de información y su mayor enemigo. Los márgenes de maniobra disminuyen.

4. *La diversidad cultural*, en el horizonte, está vinculada al hecho de tener en cuenta al receptor. Occidente ya no está solo. Constantemente criticado y bajo sospecha, tiene que aprender a negociar con otros valores, sin por ello abandonar los suyos. Una diversidad cultural que replantea la cuestión de las desigualdades ante la información. ¿Cómo pasar del hecho de la diversidad cultural a la *construcción política* de la convivencia cultural? ¿Del respeto de los valores universales de la libertad de información al reconocimiento de la diversidad cultural? La información ilustra perfectamente la nueva problemática política de la «convivencia» cultural», de la que hablé en *La otra mundialización: los desafíos de la cohabitación cultural global* (2004) y *Demain la francophonie* (2006).

Nada es racional en este mercado de la información donde la fuerza de las ideologías, de los intereses económicos, de las relaciones de fuerza políticas y culturales, no tiene nada que ver con los buenos sentimientos al estilo «buena información para todos». La batalla del NOMIC (Nuevo Orden Mundial de la Información), que tuvo lugar en 1980 en la Unesco, cuando por primera vez la URSS y el

Tercer Mundo de la época atacaron a Occidente, afirmando que su supuesto universalismo no era sino la hoja de parra para tapar la defensa de sus intereses, fue premonitoria. El conflicto resurgirá mañana, con más violencia y en un mundo multipolar, con muchas más informaciones y visiones del mundo contradictorias.

La velocidad de la información puede igualmente convertirse en arma fatal. Por eso es tan importante que a los enredos de la diversidad cultural se les conceda tiempo y lentitud para superar los estereotipos recíprocos, con el objetivo de construir un mínimo de convivencia cultural.

¿Cuál es el desafío? Seguir siendo uno mismo abriéndose a los demás. Nada fácil para Occidente. No lo es más para los otros. Pero la información es en todos los casos uno de los frentes más visibles, peligrosos e inmediatos de ese inmenso taller que es la convivencia en marcha. Ésta requiere diplomacia, cultura y saber hacer para evitar que la omnipresencia de la información y la velocidad de los intercambios sean, finalmente, aceleradores de la guerra y al incompreensión.

5. Última cuestión crucial: *el conflicto información-trazabilidad*. La trazabilidad aumenta en proporción a la

velocidad, con la generalización de los sistemas de información. De momento todo el mundo prefiere «hacer como si» la libertad prevaleciera sobre los peligros de la trazabilidad. La RFID (Radio Frequency Identification) y las nanotecnologías pueden no ser sólo los «microguardianes interactivos de la economía de la información». También pueden contribuir a una policía generalizada. Y esto en todos los países, incluyendo a los democráticos, porque el miedo al terrorismo en unos casos, el miedo a la democracia en otros, proporciona innumerables oportunidades para tratar de «racionalizar» esas frágiles y siempre peligrosas libertades relacionadas con la información.

Las mismas técnicas que permiten la extensión del campo de la información, la omnipresencia de la imágenes y las interactividades de todo tipo, son también las que pueden constituirse en sus más eficaces verdugos.

4 La nueva frontera de la incomunicación

La comunicación es la cuestión del otro. Ello supone una diferencia casi ontológica respecto de la información. Por supuesto, no hay mensaje sin destinatario, pero la información existe, sin embargo, en sí misma. Nada parecido ocurre, por el contrario, con la comunicación. Ésta sólo tiene sentido a través de la existencia del otro y el reconocimiento mutuo. Desde siempre ha existido el destinatario, pero la ruptura democrática consiste en reconocer la libertad y la igualdad de los protagonistas y, por lo tanto, la igualdad del receptor, que puede aceptar, rechazar, negociar la información. Y ahí todo se complica. Ayer la comunicación era jerárquica, estaba reducida lo más a menudo a la transmisión, sin posibilidad de discusión por parte del receptor-actor. Hoy día casi todo el mundo está en pie de igualdad, responde y negocia. Esta ruptura tiene tres consecuencias.

1. La comunicación: el otro y la mundialización

El reconocimiento del estatus del receptor todo lo trastorna, porque legitima la cuestión de la alteridad. Situación radicalmente nueva y todavía poco extendida en el mundo. Basta con viajar para advertir cuán escasas son las situaciones de igualdad y de reciprocidad entre los participantes en la comunicación. La legitimidad del receptor —y, por lo tanto, de la alteridad— cambia radicalmente el modelo de la comunicación. Ésta se convierte inevitablemente en frustrante, azarosa y, sin embargo, ineludible, con la incomunicación como horizonte y la obligación para los participantes de negociar sin cesar. En esto es en lo que *la convivencia* constituye uno de los paradigmas del siglo XXI, indiscutible de tres realidades: la democracia, la apertura, la interacción. Hay que recordar que la convivencia no es lo mismo que la conexión y la yuxtaposición. Se puede estar conectado, sobre todo por Internet, mientras que en realidad se está yuxtapuesto, sin que haya convivencia. Convivir es el resultado de una voluntad y de una acción. Es una elección que exige tiempo y voluntad, nunca es algo estático. Lo que resulta chocante es el retraso en la reflexión teórica sobre un concepto y una realidad que, sin embargo, se encuentran en el corazón de la teoría democrática y de la sociedad contemporánea. La comunica-

ción: el gran vacío teórico, sin comparación con lo que ha pasado con la emergencia del medio ambiente, de la ecología, de la bioética o del desarrollo sostenible, otras grandes rupturas contemporáneas. La comunicación ha sido desvalorizada por mucho tiempo desde el punto de vista conceptual, un poco como lo ha sido siempre la cuestión de la imagen.

En verdad, la comunicación no fue concebida por las elites. Y si las ciencias de la vida, del universo, de la ingeniería y del medio ambiente acompañaron en una generación la emergencia de nuevas preguntas, hay que esperar hasta comienzos del siglo XXI para ver emerger las «ciencias de la comunicación». Hasta tal punto las elites y el medio académico —en todos los países— han sido en conjunto reticentes a tomar la cuestión de la comunicación como una cuestión teórica esencial. En todo caso, esto nunca se ha considerado un gran problema científico interdisciplinario. Salvo algunas brillantes excepciones, el mundo académico internacional no ha percibido hasta ahora lo que está en juego en la revolución teórica de la comunicación, no ha querido ver la amplitud de sus implicaciones, desde las más sociales hasta las más culturales, y se ha ocupado del asunto y ha preferido centrarse en la información, más sensata y racional, que en la comunicación, siempre más compleja y frustrante. Sin embargo,

desde hace medio siglo se desarrollan investigaciones de gran calidad, sin que hayan obtenido la visibilidad y el impacto acordes con la emergencia de esta gran problemática. No interesan demasiado. En lo que a la comunicación se refiere, «no se quiere saber».

El poco interés teórico por la comunicación no ha impedido, a pesar de todo, que las elites utilicen esas técnicas para sus fines, sin imaginarse la posible resistencia que receptor les puede oponer. Y ello, finalmente, con los clásicos estereotipos de desconfianza ante todo lo referente a la comunicación y con una fascinación ingenua por las nuevas tecnologías. Entre la aprensión y el seguidismo.

El papel de la información y de la comunicación en la mutación de la mayor parte de las teorías del conocimiento tampoco ha sido suficientemente valorado, aunque es bien real, como se ve cuando se hace un estudio de epistemología comparada. La otra causa poco probable del escaso interés de la elites es el temor, infundado, de que la comunicación de masas y el descentramiento de la cultura elitista les haga perder su capacidad de influencia. En general, las elites han visto en la comunicación una amenaza para su posición, y esto ha sucedido en todos los países del mundo, lo cual explica el pequeño número de teorías sobre las relaciones entre comunicación y sociedad. En cuanto a las teorías políticas contemporáneas, hacen caso omiso de la

comunicación, salvo para condenarla, y por lo general subrayan el lado ingenuo e influenciabile del receptor. La ausencia de debates teóricos sobre la información, la comunicación, sus respectivas relaciones con la libertad individual, con la sociedad abierta, la mundialización y la diversidad cultural explica en parte la influencia excesiva de la ideología técnica desde hace una generación.

Habrá que hacer, pues, una historia de cómo el pensamiento ha evitado abordar la comunicación, redoblada hoy día con Internet, que es objeto, por el contrario, de una adulación tan caricaturesca como lo era, hace cincuenta años, la condena de la comunicación de masas y de la emergencia de la cultura de la comunicación. Los escasos pensadores que abordaron estas cuestiones teóricas encontraron en 1970 la misma resistencia con la televisión que en la década de 1950 con la radio. Vemos ahí una vez más la aprensión respecto al número, la desconfianza hacia la cultura y la democracia de masas, el miedo a la imagen, al cara a cara y a la alteridad. Vemos asimismo la debilidad de la cultura crítica por todo lo concerniente a la técnica y la dificultad para reconocer la inteligencia del receptor.

Hay una posibilidad. Si el mundo del conocimiento y de la cultura se hubieran tomado en serio este problema cognitivo y político de la comunicación, habría menos espacio para el reino de la «peopolización», que a menudo

ha ocupado el lugar dejado vacío por los conocimientos. «*Peopolización e ideología técnica*» son los síntomas más visibles de cierta forma de traición de los expertos.

2. **Pensar la comunicación es pensar la incomunicación**

Ambas van de la mano. De ello se derivan varias consecuencias, la más importante de las cuales es la necesidad de reconocer que el diálogo y la negociación, que siempre se han considerado «una pérdida de tiempo», son en realidad inherentes a las relaciones humanas y sociales.

Forman parte de la comunicación tanto como los escasos momentos en que los individuos se comprenden. *Comunicar es cada vez menos transmitir, raramente compartir, lo más a menudo negociar y finalmente convivir.* La hipótesis central aquí es la siguiente: es imposible negar la apertura, es difícil olvidar al receptor y necesitamos reconocer el lugar de la negociación. Por lo general, nos vemos obligados a conjugar dos movimientos contradictorios: el reconocimiento de las identidades y la obligación de construir la convivencia cultural para evitar el comunitarismo.

En lo social, esto conduce a admitir que la mayoría de nuestras sociedades son multiculturales, y que esto es una

fuerza, no una amenaza, en particular para la identidad nacional. Las sociedades multiculturales pueden pensar con más facilidad la relación de sí mismo con el otro. Tal es el caso de Francia, con sus territorios de ultramar, la inmigración y la francofonía. Reconocer la pluralidad de las identidades, en el seno de un espacio nacional, y organizar su convivencia en vez de preferir la crispación de las identidades cerradas sobre sí mismas aporta una ventaja esencial. Hoy día la diversidad cultural es un hecho que se impone a todas las sociedades, incluida la comunidad internacional, por medio de la carta de la Unesco, y la convención es un proyecto político que hay que construir para evitar el encierro identitario. En este punto nos encontramos de nuevo con la diferencia normativa entre los medios de masas y los medios segmentados. Los primeros son más adecuados para reflejar la diversidad de la sociedad, aun garantizando la identidad nacional indispensable para resistir a la desestabilización de la nación, mientras que los segundos están mucho más adaptados al fraccionamiento de las sociedades en comunidad, incluso más allá de las fronteras nacionales, dejando de lado la cuestión del vínculo social y la problemática de la identidad nacional.

Es por eso que la organización de los medios nunca es independiente de una visión de la sociedad, y que entre los medios de masas e Internet, la división no es entre

«viejos» y «nuevos» medios, sino entre dos visiones de la sociedad. El reflejo de la heterogeneidad social por un lado, con la necesidad de hacer convivir la identidad con la colectividad; la aceptación de la segmentación, por el otro (véanse *Elogio del gran público: Una teoría crítica de la televisión*, 1992, y *Télévision et civilisation*, 2004). Por otra parte, hay una paradoja en lo que se refiere a Internet. Todo el mundo se felicita de la industrialización de la comunicación que permite; al mismo tiempo se elogia el éxito creciente de las exposiciones mundiales y la multiplicación de los grandes museos, como factores de democratización cultural. La industrialización de la comunicación no se contradice con la extensión de la cultura de masas que se ha producido desde hace cincuenta años: se tiene necesidad de ambas, como se necesita que convivan, en materia cultural y de comunicación, las lógicas de la oferta y de la demanda (individualizar los mercados y llegar a públicos más heterogéneos). Tan sólo es más difícil reunir al gran público que satisfacer a públicos seleccionados.

Lo mismo ocurre con la valorización de la *laicidad*, o sea, la separación de lo religioso y lo político, como medio de hacer *convivir* un poco más pacíficamente dos lógicas heterogéneas y a menudo en conflicto. El laicismo como ejemplo de convivencia. No tanto el laicismo de combate, tal como se ha conocido en Francia, sino un laicismo de

tolerancia, que aún está por inventar. La mundialización y el retorno de las religiones relanzarán un debate, indispensable para la paz en el mundo, acerca del modelo de convivencia del laicismo.

Hay que desconfiar del concepto aparentemente moderno de la *democracia de opinión*, basado en realidad en la tiranía de los sondeos, los cuales producen a la postre una visión simplificada y racional de la sociedad, borrando las ideologías y la complejidad de la historia. La omnipresencia de los sondeos aplana la insuperable complejidad del mundo real, y refuerza la ilusión de una sociedad homogénea en la que todos hablamos el mismo lenguaje y evolucionamos de acuerdo con las «opiniones». Visiones de la sociedad que encontramos también en el sueño de la «democracia electrónica», en la que los ciudadanos, directamente, sin la intermediación demasiado complicada de los hombres políticos, debaten y deciden libremente. Lo cierto es que, en lo que se refiere a la información, el conocimiento y las ciencias, al menos en el ámbito de la política, hay que desconfiar de lo que es aparentemente moderno y refuerza el mito de una sociedad «en directo», sin intermediarios. Sin duda hay intermediarios dudosos, pero el sentido que aquí le doy a este término es muy distinto. Se refiere a oficios que implican una competencia profesional y una capacidad para organizar la convivencia entre puntos

de vista diferentes. En una palabra: el sueño de la sociedad en directo o «live», con el fin de los intermediarios y la competencia absoluta de los individuos se desliza rápidamente desde una idea de emancipación hacia un espejismo propio al populismo.

El modelo político de la democracia es de todos modos convencional. Por otra parte, esto se comprueba en la evolución de la concepción del vínculo social. Ayer éste era mucho más jerárquico que unitario, hoy es más igualitario y necesariamente plural. La problemática de la convivencia se encuentra asimismo en la realidad actual de la sociedad individualista de masas, en la que cada cual trata de hacer convivir los valores constitutivos y antinómicos de la modernidad: la libertad y la igualdad.

La otra cuestión central de nuestras sociedades abiertas sigue siendo la de la alteridad. El otro al mismo tiempo atrae y da miedo. Pero el otro ha cambiado. Ayer era lejano, estaba en otra parte, era diferente, a menudo se encontraba en una relación jerárquica. Ahora está aquí, en el corazón de la modernidad, y aunque no haya igualdad, se muestra decidido a conservar sus diferencias. *Hay que sostenerse sobre dos pies:* aceptar la identidad y organizar la convivencia, en el seno de un espacio más amplio. Administrar la alteridad significa, por otra parte, derechos y deberes recíprocos, de lo contrario el modelo de la convivencia se hun-

de. Esto obliga también a valorizar un concepto esencial pero frágil: *el de la confianza.* La convivencia supone la confianza, pues si no la hay se instala la sospecha mutua, madre de todos los comunitarismos. Y la confianza requiere *tiempo.* Dicho de otra manera, no hay convivencia sin confianza, tolerancia y tiempo. Estamos en el corazón del modelo democrático por construir, que debe *al mismo tiempo* construir el vínculo social, organizar la convivencia de las identidades y enseñar a convivir en el marco de la comunidad internacional.

3. La cuestión de la convivencia

Vinculada al modelo contemporáneo de la comunicación, la convivencia no sólo se encuentra en el seno de los estados-nación, sino también, y de forma todavía más clara, en el plano de la mundialización. Ésta conlleva, en efecto, dos lógicas contradictorias. Desde el punto de vista económico, la perspectiva sigue siendo la de un único mercado. La economía impone su ley, con efectos de estandarización y de racionalización, al mismo tiempo positivos y negativos. Desde el punto de vista social y cultural, sobre todo después de la firma de la convención sobre el respeto de la diversidad cultural en la Unesco, en 2006, se plantea la

obligación, al menos en los principios, de tener en cuenta las diversidades. Ese pacto reconoce el hecho de la diversidad cultural en el horizonte normativo de la convivencia cultural que está por construir. Nos encontramos en este punto en el corazón del modelo de la comunicación que defiendo: respetar las identidades, organizar la convivencia. Siempre con el mismo desafío: ¿cómo evitar que el reconocimiento de las diferencias dé lugar al nacimiento del comunitarismo? ¿Cómo preservar un vínculo de integración más allá de la simple convivencia? Dicho de otro modo, el debate sobre la organización de la diversidad cultural en el seno de la comunidad internacional coincide con la problemática del modelo convivencial en la comunicación. Con la siguiente exigencia, siempre, tanto en el plano nacional como en el de la mundialización: no hay reconocimiento de las identidades sin reforzamiento del marco común, so pena de segmentación y de comunitarización. Tal es el papel del estado en el plano nacional y de las instituciones internacionales en el plano de la mundialización. Ambos procesos deben ir a la par, lo cual no resulta en absoluto evidente.

Esto es tanto menos fácil cuanto que la emergencia de un mundo multipolar (la llegada de las potencias del BRIC —Brasil, Rusia, India y China— y de otras) y la multiplicación de los medios obligan, a riesgo de un conflicto cul-

tural y político, a introducir un indispensable pluralismo en las visiones e informaciones del mundo. No se ve y no se piensa el mundo de la misma forma en Nueva York, Sydney, Pekín, Brasilia, Moscú o Nueva Delhi. Habrá que estar más atento a la diversidad de puntos de vista y, en consecuencia, de las informaciones *sobre* el mundo y las culturas *del* mundo. Sobre todo desde el fin del comunismo en 1990 y la emergencia del mundo multipolar. En esto también habrá que aprender a conocerse, respetarse y convivir. Desafío inmenso.

Con esta contradicción, los canales y los sistemas son mundiales, sin que ello garantice el pluralismo. O sea, nada nos indica a priori que la aldea global será la aldea de la diversidad. Puede ser perfectamente la de la estandarización, vinculada a la concentración de las industrias culturales y de la comunicación. Después de todo, es lo que ocurre y ha ocurrido con la apertura de la mundialización económica desde hace treinta años. De momento ésta más bien ha confirmado los modelos dominantes, no ha diversificado los modelos económicos. La doble presión de la crisis y de la economía facilitará quizás el movimiento hacia más pluralismo.

Lo que quiero decir es que este modelo de la *convivencia*, en el corazón de la teoría de la comunicación que defiendo, está también presente en otras problemáticas a

una escala mucho más vasta, lo cual por otra parte no impide ni las relaciones de fuerza ni las desigualdades. El modelo convivencial no es un angelismo, pero intenta, a todos los niveles, inventar algo distinto, entre el modelo unitario jerarquizado y la simple yuxtaposición de los intereses y las visiones del mundo.

Convivir, trátase de la comunicación, de los modelos de organización política, del planeta, del desarrollo sostenible o de las industrias culturales y de la comunicación, es siempre, al mismo tiempo, respetar la pluralidad de puntos de vista sobre el mundo y la necesidad de un principio común. *El modelo* de la convivencia va, pues, mucho más allá de las relaciones entre información y comunicación: concierne a una de las cuestiones normativas fundamentales de la organización interna de las sociedades contemporáneas y su convivencia, en el seno de la nación.

La francofonía, por ejemplo, así como la defensa de todas las grandes áreas lingüísticas (inglés, español, portugués, árabe y ruso), que atraviesa todos los continentes, participa de la misma gran problemática: como preservar la diversidad lingüística indispensable en el plano mundial. En el extremo opuesto de este modelo pluralista lingüístico, encontramos la realidad actual de la dominación de un mal subinglés como factor de «comunicación» mundial. La diversidad lingüística es un ejemplo perfecto de la

necesidad —y la dificultad— de organizar la convivencia. Toda lengua es al principio una dominación, pero con el tiempo las lenguas se convierten en un factor de identidad cultural y de comunicación, que es indispensable preservar en su diversidad si se quiere organizar la convivencia en el seno de la mundialización. Es lo que está en juego en la defensa del pluralismo lingüístico. Un solo ejemplo: París, capital de las librerías extranjeras, ve disminuir su número rápidamente. Eran treinta en 2000 y ya no había más que veinte en 2007. Y todas habían sido creadas antes de la mundialización. ¿Cómo puede haber al mismo tiempo mundialización y estrechamiento cultural? Por otra parte, en París, con ocasión de la Exposición Universal, los paneles indicativos del metro estaban escritos en treinta y cinco lenguas.

Europa es el segundo ejemplo, a tamaño natural, del modelo de la convivencia como horizonte normativo. ¿En qué reside la profunda inteligencia del mayor taller democrático y pacífico del mundo? En la capacidad para ampliarse desde seis hasta veintisiete países hoy, y más el día de mañana, para hacer convivir a países a los que todo separa, en un proyecto que preservará la identidad de todos y que deberá construir simultáneamente, paso a paso, un marco más amplio, económico, pero sobre todo, por último, político. Europa, el mayor laboratorio del mundo de convi-

vencia política, ilustra el lugar creciente de este modelo teórico de la convivencia, en el que hay que ir conciliando la identidad y el marco común. Desde este punto de vista, el debate, a condición de que sea honesto, sobre la entrada de Turquía en Europa, constituye la apuesta más clara de la ambición y la vitalidad del proyecto europeo.

Otro ejemplo: la *mundialización de la información*. Ya se ha visto que la explosión técnica no basta para comprenderse mejor, aunque hace treinta años muchos pensaban lo contrario, por ejemplo con la creación de la CNN en 1980, que pretendía al mismo tiempo «unificar» las visiones del mundo y valorizar el punto de vista occidental. Conocemos el resultado. De hecho, la CNN estaba vinculada todavía a un modelo unitario en el que el universalismo del que se alardeaba parecía a menudo un occidentalismo. La multiplicación de las cadenas de información, en particular las árabes, obliga a crear un verdadero pluralismo. Y se esperan otras, en Asia o en Latinoamérica. En todas partes se pasa de un modelo unitario a un modelo convivencial.

Último ejemplo: los derechos del hombre. Ayer, una concepción universalista, pero a menudo construida con los criterios de Occidente, donde fueron inventados. Hoy, la búsqueda de un nuevo equilibrio en el que el universalismo tendrá que ser repensado y garantizado, con el rasero

de la diversidad cultural. En esta mutación estructural del modelo de relación, tanto entre los individuos como entre los estados, vuelve a encontrarse la misma contradicción: la indispensable afirmación progresiva de las identidades y la necesidad, sin embargo, de convivencia en el marco de un mundo común del que ya no se puede salir. Por eso lo que se juega en torno al Mediterráneo y Oriente Medio es tanto la prolongación de los asuntos del pasado como un ejemplo de los desafíos futuros de la convivencia en el mundo multipolar. El modelo convivencial de la comunicación tiene, por último, un alcance mucho más global y simboliza, precisamente, la importancia de la comunicación en un mundo abierto.

Quizá sea la música, en todas sus formas, lo que escapa al surgimiento de esta lógica de convivencia. Acaso sea el único lenguaje verdaderamente mundial. La única lengua universal. Y la juventud, desde hace ahora medio siglo, con todas las músicas, en todos los continentes, habrá sido el agente activo de una de las únicas actividades verdaderamente universales. Las músicas son formidables portadores de una apertura hacia el otro y eficaces vectores de tolerancia. Como si los hombres, por otra parte incapaces de entenderse, fuesen por una vez capaces de hacerlo, precisamente para «oír» y «hacerse oír», a propósito de las músicas. Por eso no se destacará nunca lo suficiente el

papel que, por el momento, desempeñan las músicas en favor de cierta apertura y solidaridad en el mundo. Las músicas como factor a la vez de integración y de convivencia. Los sonidos y los estilos ¿son más aptos que las palabras, las imágenes y los textos para facilitar el acercamiento entre los hombres?

5

Información y conocimiento: indispensable convivencia

La revolución de la información tropieza con dos obstáculos. El primero, como se ha visto, concierne a la comunicación, o sea, la relación con el otro y la incomunicación. El segundo no es más simple: es el de los conocimientos. La abundancia de las informaciones crea imperiosamente la necesidad de conocimientos para comprenderlos. Es el objeto de este capítulo. En esto no sólo tienen un lugar central los científicos, también lo tienen los periodistas. No hay información como prensa sin periodistas, para crearlas y, sobre todo, para legitimarlas.

1. Los periodistas, una frágil victoria

A lo largo de dos siglos, la victoria de la información no fue posible sin los periodistas. Su existencia, en todos los

países, es el símbolo y el garante de la libertad de información. Y nada es más ingenuo y peligroso que creer que mañana, gracias a los sistemas de información, cada cual se convertirá en su propio periodista, volviendo así caduca la existencia del oficio, con sus derechos y deberes. Los periodistas son los guardianes, así como los héroes, de esa frágil victoria de la libertad de información. Cuantas más informaciones accesibles hay, más o menos gratuitas y procedentes de cualquier parte, cuanto más puede uno hacerlo todo, más necesidad hay de periodistas para seleccionar, jerarquizar, verificar, comentar, legitimar, eliminar, criticar.

Aunque el usuario puede creer hoy día que la información existe sola, ya que es fácilmente accesible, nunca hay que olvidar que siempre es una construcción, validada por un profesional, el periodista, cualquiera que sea el soporte en cuestión. *No es el soporte lo que da su sentido a la información, ni el receptor: es el periodista.* Y en esta legitimidad del periodista reside el papel esencial de la profesión de intermediario que muchos quieren reducir, incluso suprimir, con el pretexto de «democracia directa». El periodista no siempre tiene razón —es como el político o el universitario—, pero con su firma da legitimidad a la información.

Como dije, en particular en *La otra mundialización* (2004) y en *Salvemos la comunicación* (2004), la democracia no es la

supresión de los cuerpos y de los oficios intermediarios, sino la validación de su papel y la capacidad para criticarlos. Intermediario y contrapoder, he aquí el papel del periodista.

A condición de no caer en la ilusión del cuarto poder, que se observa desde hace una generación con el aumento de la importancia y el número de los medios. El cuarto poder es la degradación del contrapoder y no su victoria. *El periodista no es ni compañero del ciudadano, ni compañero del poder, ni del juez.* So pena de perder la confianza del público, sin la cual no puede ser libre y que, finalmente, es la única fuente real de su legitimidad. Tiene que batirse en dos frentes. Con los innumerables poderes y grupos de presión que quieren, ya sea «verificar» la información, ya sea fabricarla ellos mismos. Con receptores que no quieren, la mayor parte del tiempo, oír lo que va a contrarrioriente de sus elecciones. Como decía Raymond Aron, el lector es a menudo el primer atentado contra la libertad de prensa. De hecho, con la explosión de la información y su accesibilidad facilitada, el periodista está en una encrucijada. O bien actúa como testigo de una época perimida, en la que había necesidad de un intermediario —inútil hoy, pues cada cual se convierte en su propio periodista— o bien permanece como uno de los principales vigías de la libertad de información, a distancia de todos los poderes,

garante de la honestidad, si no de la objetividad, raramente alcanzable, seleccionando en un universo inundado de informaciones en el que todos tienen necesidad de ese trabajo de intermediario y de explicación.

Por supuesto, el periodista no tiene el monopolio de la información sino, por el contrario, el de la legitimidad de la información como prensa, cualquiera que sea su soporte. El pluralismo de la prensa y el de los periodistas garantiza la libertad de información, que evidentemente quedaría amenazada sin este filtro profesional. Por otra parte, ¿qué espera Europa, el mayor laboratorio democrático del mundo, para fijar las reglas deontológicas, políticas, culturales y sociales *comunes* destinadas a legitimar definitivamente un oficio indispensable para todas las libertades?

De todos modos hay que hacer distinciones, porque no existen «los» periodistas en sí. Se distinguen *tres grupos*. Los *stars*, en los que vemos a la vez competencia profesional y el peligro de que se encierren en el gueto político-periodístico. El mundo de la cultura y del conocimiento ha perdido, desde hace treinta años, algo de su prestigio y su lugar en la jerarquía social y cultural. Entonces es reemplazado por la «elite» periodística, que dirige a menudo tiránicamente el acceso a los medios que todo el mundo necesita. El segundo grupo es el más numeroso, la *clase media*, más bien modesta, profesional, sin ilusiones y com-

petente. Estos son la mayoría de los periodistas, aunque no tienen demasiado prestigio y sufren el contragolpe de las críticas que se derivan del estilo y del exceso de poder del primer grupo. Y en la parte inferior, los *machacas*, por lo general jóvenes dispuestos a cualquier cosa para «salir adelante» en un medio difícil. En particular, están dispuestos a aceptar condiciones de trabajo deplorables en el periodismo por Internet, que en este medio se permiten pero estarían prohibidas en cualquier otro. La frontera entre ideología técnica y nueva práctica profesional es aquí tenue. Toda una generación está convencida, en parte con razón, de que con Internet hay que refundar el oficio, pero olvidan demasiado a menudo que antes otras generaciones ya estuvieron fascinadas por otros progresos técnicos, con los que también ellas debían «revolucionar» el oficio.

En todo caso, valorar el periodismo es valorar también a los archiveros y documentalistas, todavía indispensables hoy, cuando uno se pierde en un océano de informaciones. Oficios injustamente devaluados, sobre todo en el momento en que todo está inundado por esa ideología del «directo», que propugna cada cual podría hacerlo todo por sí mismo.

De hecho, hay que refundar el derecho a la información. No confundir la diferenciación creciente de los soportes con el corazón del oficio, que no cambia según se

esté en la prensa, en la radio, la televisión o Internet. Recordar que la legitimidad del oficio reposa en la confianza del público. Comprender que el aumento del peso de la opinión pública, el derecho a la expresión del ciudadano, y los sondeos, que se piden demasiado a menudo y se comentan demasiado en los medios, todo ello reduce el margen de maniobra de los periodistas. Los medios recurren cada vez más al público para saber «lo que piensa y quiere», sin ser conscientes de que este proceso se transforma fácilmente en un sistema de presión. *La información no es lo mismo que la opinión del público.* Al querer aproximarnos demasiado se reduce inevitablemente el margen de maniobra, ya escaso, de los periodistas. Lo mismo ocurre con la ilusión de un «nuevo» periodismo, vinculado a las nuevas técnicas. Como si fueran la técnica y el receptor lo que definen el oficio. A fuerza de hacer de «periodista de ordenador», sin salir nunca de las «redacciones multimedia» para ir a investigar, se llega a una pérdida de la relación con la realidad. Ésta ya sólo está «presente» a través de las pantallas. Por otra parte, hay una paradoja más: no se deja de hablar de la «revolución» de la información, a condición de que haya menos periodistas, como si los progresos en la salud hicieran inútil al médico.

Hay que efectuar, al menos, cinco reflexiones. Limitar de entrada la fuga hacia adelante, en dirección a una «infor-

mación libre de Internet». Volver a poner las cosas en su sitio: la libertad de información no empieza con Internet. Aunque los periodistas se lanzaron a por todas con la «revolución de Internet», confundieron las técnicas y los contenidos. En este orden de ideas, hay que luchar contra la solución demasiado fácil del periodismo «multimedia», que podía pasar indistintamente de un soporte a otro, en realidad por razones sobre todo de racionalización económica. Es mejor aprender a luchar también contra las presiones políticas, pero sobre todo económicas, con el desafío esencial de reducir la concentración de las industrias de la información y de la comunicación, incompatible con el pluralismo. Rediseñar también los territorios, con el fin de mantener a distancia los diferentes poderes y evitar la «con-sanguinidad», causa de tantas sospechas. Abrir una reflexión sobre el papel creciente de los rumores y de la desinformación, proporcionales a la extensión del campo de la información. Evitar que la despersonalización inevitable de la vida pública se convierta finalmente en «peopolización». Evitar que los «people» invadan los platós, que den su opinión sobre todo y se conviertan en referencias, así como que ocupen todos los lugares. Hay otras jerarquías de valores. La democratización no es sinónimo de «peopolización», sino de convivencia de los valores y de las culturas en la sociedad. Resistir a la supuesta demanda del público, que

conduce a menudo a una excesiva presencia de los «people» y de algunos dirigentes políticos en los medios. Mantener accesibles para el ciudadano las tres escalas de información que conforman nuestra relación con el mundo: el local, el nacional y el mundial. La devaluación de alguna de las tres puede conducir a un profundo desequilibrio. Reducir la presión de los oyentes, receptores o internautas que, bajo el disfraz de «democracia», de «libertad de expresión» y de «participación», intervienen en todas las emisiones, dan su opinión acerca de todo y constituyen una especie de contrapoder dudoso frente a los periodistas. Que el público pueda expresarse, comentar y criticar, es indispensable; ponerlo en una especie de posición de igualdad y a veces de juez frente al trabajo de los periodistas es algo distinto, que confina con la demagogia. Y los periodistas, cuando recurren de una forma casi masoquista a un público que se convierte en el juez de su tarea, no consiguen compensar las carencias de un trabajo demasiado rápido, cerrado sobre sí mismo, amenazado por el *scoop*, la «peopolización» y el acontecimiento. Asimismo debemos reflexionar acerca de lo siguiente: ¿hasta qué punto pueden los ciudadanos absorber tantas informaciones? ¿Qué proporción debe haber entre las informaciones acerca del mundo y las que conciernen directamente al individuo? ¿Cómo se puede reducir la separación creciente entre las sensaciones respectivas

de ser «un gigante en materia de informaciones y un enano en materia de acción»?

2. No hay información sin conocimientos

Por mucho que se diga, el mundo académico, de la investigación y del conocimiento está aplastado desde hace treinta años por el mundo de la información, de los medios, del acontecimientos y del periodismo. La información no ha matado el conocimiento, lo ha marginalizado, aunque el medio académico tiene alguna responsabilidad al respecto. Entre la democratización de la cultura de masas, luego el dominio de las nuevas tecnologías y la emergencia de la información «people», todo ello concurre a favor de la marginalización del mundo de la cultura y el conocimiento, aunque con algunas excepciones. Es la información victoriosa la que ha devorado lo cultural y el conocimiento, con la velocidad, la brevedad, la competencia, el desgaste de las cosas y del tiempo.

Como si el mundo, inquieto por haberse abierto a sí mismo, estuviera aturdido por la urgencia de lo nuevo. Y sin embargo, cuantas más informaciones hay, más necesidad hay de conocimientos para explicarlas y contextualizarlas, so pena de crear un mundo incoherente, tiranizado

por el acontecimiento. Por supuesto que el conocimiento no siempre tiene razón contra la información, pues la fuerza de la información como acontecimiento consiste precisamente en conmover el dominio de los conocimientos, su juego. Pero ambos son indispensables. *Por otra parte, información y conocimiento, periodistas y universitarios, ilustran perfectamente la teoría de la convivencia.* Son las primeras figuras de la convivencia. Se puede prescindir de esa convivencia, pero ello es en detrimento de unos y otros. Los universitarios no pueden seguir negando la revolución de la información, refugiándose en una torre de marfil aristocrática. Los periodistas no pueden agotarse, como el conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*, corriendo tras el acontecimiento en la ignorancia de la profundidad de la cultura y de los saberes. Unos y otros están condenados a cooperar y convivir, conservando cada cual su legitimidad, pero trabajando juntos para que el receptor, ustedes y yo, comprendan la complementariedad y la diferencia de las lógicas en estas dos relaciones con el mundo. *Gestionar la alteridad, organizar la convivencia.*

La revolución de la información no escapa a los conocimientos. ¿Para qué sirve acceder a todas las informaciones si no se dispone de los conocimientos para interpretarlos? Por otra parte, ¿cómo comprender el impacto de las informaciones sobre los conocimientos, y de éstos sobre las

informaciones, si ambos universos están demasiado alejados uno de otro? La ideología de la velocidad y del directo tropieza con el espesor de las culturas, de la historia y de las sociedades. *El problema no es el volumen de informaciones, sino los conocimientos para tratarlas.* La tercera categoría de información, la información como conocimiento, es indispensable para reequilibrar los otros dos. Por otra parte, los universitarios son los primeros intermediarios de los que el mundo de la información no puede prescindir. No sólo se trata, pues, de la información y la comunicación, sino también, con igual importancia, del conocimiento. ¿Cuándo se producirá el retorno de la erudición, de la cultura, de la extensión de los saberes transversales, para compensar la ilusión de un «conocimiento evenemencial», sin profundidad, dominado por la tiranía del acontecimiento? Internet, aun teniendo en cuenta el gran volumen de informaciones accesibles, por lo general no tiene más de diez años de profundidad.

Periodistas y universitarios son en realidad primos, casi hermanos, aunque evidentemente no tengan la misma relación con la información, el conocimiento y la realidad. Están en posiciones casi simétricas, que son igualmente frágiles. Por otra parte, a pesar de todas las diferencias que los separan, son dos profesiones que tienen el papel de aguafiestas, al ser menos conformistas que otros medios.

La ideología del «directo» y de la «abundancia» amenaza a ambas profesiones, aunque no tengan la misma relación con el tiempo. No sólo son un ejemplo de convivencia entre dos puntos de vista diferentes y complementarios sobre el mundo, sino que también lo son por el modo en que cada uno de ellos es un intermediario para el otro.

Otro punto común aproxima a estas profesiones. La información como noticia, que refleja las rupturas del mundo, no deja de tener relación con la información como conocimiento, que a menudo constituye *también* una ruptura en el orden de los saberes. Por último, unos y otros deben mantener cierta distancia respecto de los poderes políticos y económicos. Las relaciones entre los universos profesionales respectivos de la información y del conocimiento se reforzarán inevitablemente al aumentar los debates, polémicas y controversias vinculados al lugar de las ciencias y las técnicas en el espacio público. Las presiones aumentarán por ambos lados. La mundialización y sus peligros obligarán a «enmarcar» la información. Las ciencias y las técnicas están cada vez más en el corazón de las sociedades y de los debates políticos. Frente a estas presiones, ambos medios deben aprender a redefinir sus relaciones respectivas con el mundo y cooperar, a condición de que cada uno permanezca en su espacio de legitimidad, precisamente para que el receptor comprenda la convivencia de los puntos de vista.

El triángulo del conocimiento constituido por la epistemología comparada, las controversias y las industrias del conocimiento se encuentra hoy día mucho más en el centro del funcionamiento del espacio público y de las exigencias de la comunicación, en comparación con lo que ocurría hace medio siglo. Tradicionalmente, el mundo del conocimiento prefería mantenerse a distancia del mundo; hoy las idas y venidas tienen que ser más numerosas. Y más allá de todas sus diferencias, una parte de los medios de la información, de la creación, del conocimiento, vuelve a encontrarse dentro de lo que por el momento recibe el nombre de «la clase creativa precaria». Es decir, todos aquellos que tratan de entender el mundo y de hacer que se mueva, sin que tengan por qué pertenecer a las instituciones oficiales de la sociedad. El conocimiento y la creatividad, como la información, desempeñan un papel social, cultural, cada vez más importante y contribuyen a una cierta movilidad y apertura, pero sin poder siempre insertarse en una sociedad que, por otra parte, sigue siendo rígida y estructurada.

De todas formas, no basta con las informaciones y los conocimientos. Además hay que tener en cuenta los *marcos culturales e ideológicos*. La mundialización de los intercambios de conocimientos obliga, si se quiere evitar la cacofonía, a que unos y otros estén atentos a las otras culturas.

Esto es lo que está en juego en la diversidad cultural: *llegar a organizar la convivencia cultural, o sea, las relaciones de identidad y alteridad.*

Lo mismo se aplica a las ciencias y los conocimientos. Más allá de lo que se llama, amablemente, «la comunidad internacional de la ciencia y de los conocimientos», las relaciones de fuerza, la competencia y las diferentes visiones del mundo serán cada vez más visibles, con la necesidad, también en este caso, de pasar de un mundo único de la ciencia y del conocimiento —si acaso ha existido alguna vez— a un mundo plural cuya convivencia será preciso organizar. Por ejemplo, aunque las ciencias estén de momento menos afectadas que la información por el difícil debate entre universalismo y occidentalismo, lo estarán más en el futuro, aunque sólo sea por las crecientes relaciones de fuerza y los puntos de vista distintos sobre el mundo que resultarán de la emergencia de nuevas potencias. Esto no concierne únicamente a las ciencias del hombre, sino también a las del medio ambiente, la comunicación, el universo o la ingeniería, entre otras. Dado que resulta inevitable que tengan que acercarse a la sociedad y a la economía, las ciencias se aproximan a los debates sociales y políticos. Dicho de otra manera, no hay ciencias sin comunicación y sin tener en cuenta la diversidad cultural. Esto entraña una ruptura considerable. O sea, las ciencias occidentales ya no están solas.

Otras concepciones surgirán y los occidentales ya no seguirán siendo siempre los actores dominantes en las ciencias.

Las relaciones entre información, conocimiento, cultura e ideología son, pues, cada vez más complejas. Aunque sean las mismas técnicas las que se utilizan en el mundo para informarse y comunicar, lo cual hace aparentemente más fácil la circulación de los mensajes. Los mismos útiles no significan los mismos contenidos, ni sobre todo las mismas relaciones con el mundo. Hay, pues, diversos sistemas de referencia que hay que hacer convivir: la información, los conocimientos, los marcos ideológicos y culturales.

Si bien el mundo de la información, en menos de una generación, ha entendido qué está en juego, tal no es el caso de los científicos, organizados al mismo tiempo en bases nacionales y vinculados a los valores de una comunidad internacional que será preciso defender. El mundo académico debe igualmente ampliar la tradición, hoy día insuficiente, de la *vulgarización*. Debe también aprender a gestionar las relaciones de ida y vuelta entre él y la sociedad en lo referente al lugar de las ciencias y las técnicas en los debates públicos y las controversias, las relaciones entre investigación fundamental y aplicada, la ambigüedad de la demanda creciente de expertos, los límites de la condición de consejeros de príncipes... En cincuenta años, el mundo del conocimiento se ha hecho marginal. Tiene

que recuperar su capacidad para interesar, para atraer a los jóvenes y para mantener su lugar en las decisiones.

En cuanto a los periodistas, cuyo nivel de educación es netamente superior al que tenían hace treinta años, deberían entender mejor que el poder político y económico no es siempre lo esencial de una sociedad: el conocimiento, la cultura, la apertura hacia las otras civilizaciones también son importantes.

«Cada vez más deprisa, cada vez más falso.» Acaso sea ésta la mayor amenaza para los periodistas. ¿La ideología del directo como simétrica de la victoria política y cultural del concepto de información? Demasiada velocidad. Distancia insuficiente. Con el riesgo del conformismo, de la sumisión al receptor y a las modas, de la segmentación de los soportes y de las ofertas, de la tentación de la emoción contra el razonamiento, de la expresión en detrimento de la distancia y del seguimiento. Los periodistas aplican a menudo la «peopolización» a ellos mismos, ya que invaden los otros medios en función de su renombre mediático y se convierten así en acaparadores. Habría que hacer la lista de las emisiones, en todos los soportes, acaparados por periodistas. En cuanto a los invitados, a menudo son los mismos. En los últimos treinta años, la multiplicación del número de los medios ha conducido a que se reduzcan la diversidad de los contenidos y de los que intervienen...

Por otra parte, los periodistas tienen dificultades a menudo para mantener una distancia crítica elemental respecto de Internet, convertido en el símbolo de la «libertad de la información», cuando quizás ellos sean unas de sus víctimas.

Sólo la información como servicio sale ganadora de esta evolución. Pero lo interesante es saber por qué este tipo de información, que está en el corazón del éxito de Internet y de los mercados rentables de mañana, casi ha suplantado, en valor, a las dos otras formas de información, la noticia y el conocimiento. Como si el mundo de la información, y finalmente del conocimiento, ya no fuera más que un inmenso zapping interactivo.

3. El conflicto de las legitimidades

En un mundo saturado de informaciones y de conocimientos, cada vez más fácilmente accesibles, más o menos de forma gratuita, ¿qué es lo que está en juego? *Distinguir lógicas y organizar su convivencia. Evitar que todo se mezcle.* Destacar las diferencias para que el ciudadano no se pierda en esa abundancia sin puntos de referencia entre información, cultura y conocimiento. Siempre es el mismo desafío. El mundo es una aldea global desde el punto de vista

técnico, pero ello no se aplica a los hombres, las culturas y las visiones del mundo. En esto sigue siendo la torre de Babel. Aunque todo se mezcle en la red, no siempre ocurre lo mismo en la realidad. Y cuanto más llenos van los canales, más necesario resulta distinguir los contenidos en la realidad, porque nadie puede mezclarlo y absorberlo todo. *Se necesita discontinuidad, además de puntos de referencia de conocimiento y convivencia, para pensar y actuar.*

La ideología técnica sólo habla de velocidad y de continuidad, como en los sistemas de información. Los hombres, las sociedades y la comunicación están más bien en la discontinuidad y la convivencia. Hay que recordar esta diferencia en todas partes para preservar la *dualidad* entre la oferta y la demanda de información, de cultura, de conocimiento, de comunicación. Evitar la dominación aparentemente democrática de la demanda. Reducir la ideología del *scoop*, que hipostasia la lógica del acontecimiento en detrimento de la problemática de la duración. Desconfiar de una visión extensiva de la opinión pública reforzada por la ideología de los sondeos. Sí a los sondeos en política, a condición de evitar la sobre dosis, pues de todos modos lo decisivo es el voto. No a la omnipresencia de la racionalización de la opinión pública, mediante los sondeos —que carecen de la sanción del voto— en el dominio de lo social, lo cultural y religioso, campos en los que

introducen la representación de una sociedad fácil de comprender e interpretar.

Compensar la ideología actual, que sólo habla de interactividad, con la necesidad de reafirmar las diferencias estructurales entre la información, el conocimiento, la acción. Es lo que, desde *Penser la communication* (1996), llamo «el conflicto de las legitimidades». Cuanto más visible se hace todo y revela estar en interacción, más visibles hay que dejar las distinciones entre periodista, experto, tecnócrata, universitario y político. En el mundo en el que todo «se comunica» y circula, resulta imperioso *respetar la convivencia de las tres grandes lógicas que estructuran la relación con el mundo*: la información, el conocimiento y la acción. El «conflicto de las legitimidades» es uno de los mayores desafíos políticos del mañana. Esto tiene como consecuencia la necesidad de reconocer que las tres lógicas no son forzosamente complementarias, aunque hagan uso de los mismos soportes.

En primera línea de las diversidades a preservar, la de *las lenguas*, muy subestimada, tanto por los políticos como por los medios y el mundo académico. He hablado de ello en otros lugares (véanse *La otra mundialización* [2004] y *De-main la Francophonie* [2006]). Sólo quiero recordar aquí que no hay diversidad cultural, y por lo tanto reconocimiento de la diversidad de formas de pensar, si no se respeta la pri-

mera de las diversidades: la de las lenguas. Especialmente las lenguas maternas. Estamos lejos de ello, cuando vemos que todo el mundo cree que las quinientas palabras inglesas que torpemente se intercambian constituyen una «lengua universal». El problema no es el inglés, que es necesario, sino las otras lenguas, que es igualmente indispensable mantener. No se piensa, crea o imagina de la misma forma de una lengua a otra. El pluralismo lingüístico es la fuente de todos los otros pluralismos. La lengua es la condición de toda emancipación. Prestemos atención, entonces, a las desigualdades que crean inseguridad y guetos. El pluralismo es la condición para limitar los daños causados por la racionalización del mundo. Hoy día se respeta, por fin, la diversidad en la naturaleza. ¿Por qué no se la respetaría entre los hombres? ¿Es la diversidad ecológica más importante que la diversidad social y cultural?

El pluralismo lingüístico, a pesar del precio a pagar por él, es la primera condición de la diversidad cultural. En el orden del pluralismo de los conocimientos, es igualmente indispensable mantener las diferencias entre el papel de los universitarios, de los investigadores, expertos y tecnócratas, porque las referencias y las legitimidades de cada ámbito no son las mismas. Cada uno puede deslizarse entre uno y otro rol, pero siempre hay que establecer distinciones.

Segundo elemento de diversidad que es preciso recordar: la valorización de los oficios y profesiones intermedias (periodistas y profesores, pero también médicos o abogados) que gestionan las relaciones entre lógicas diferentes de la información, la acción, el conocimiento. En el momento en que en nuestras sociedades todo es continuidad e interacciones, lo cual produce la sensación de que cualquiera puede hacerlo todo, es fundamental recordar el papel diferencial de esas profesiones que recuerdan la importancia de los saberes y de las competencias, así como lo ilusorio que es pensar en un ciudadano omnisciente. El fácil acceso a las informaciones y los conocimientos no invalida el papel de los especialistas en cada uno de los dominios de la información, de la cultura y el conocimiento, sino todo lo contrario. Esas profesiones intermedias son indispensables para relativizar la ilusión de un mundo transparente, en el que cada cual sería un «actor multiconectado». Nos recuerdan el papel de los conocimientos que se deben transmitir. Hay competencias específicas que justifican la transmisión.

Por último, si tener en cuenta al *receptor* es un progreso, ya que es el reconocimiento de la alteridad en el esquema de la comunicación, ello es a condición de no hacer de él la referencia última. El receptor puede volverse tiránico. Entre alteridad e imperialismo, el margen es estrecho. No

hay nada peor, bajo la apariencia de tener en cuenta al receptor —el cual en la realidad es indistintamente lector, oyente, estudiante y ciudadano— que convertirlo, precisamente, en el último recurso, en el detentador del sentido de la legitimidad. Sobrevalorar al receptor puede implicar tanta tiranía como haberlo «ignorado» en exceso.

La fuerza del concepto de convivencia consiste, pues, en que se puede mostrar su importancia en *todas* las relaciones con la realidad, en lo referente la información, el conocimiento y la acción. Esto se hace con el fin de evitar un monopolio del sentido. A condición también de no caer en la segmentación de la realidad en toda una gama de lógicas de referencia. *Aquí está el filo de la navaja*, entre la falsa transparencia unificante y la segmentación de la realidad. Entre el falso «todo» y la falsa «singularidad».

Conclusión

Comunicar: ¿hay alguien, en algún lugar, que me ame?

La información y la comunicación son inseparables de la historia de la emancipación del hombre. Si el conocimiento y el espíritu crítico pudieron desarrollarse en el mundo, ello fue por la libertad de información. Si la igualdad entre los individuos y la legitimidad del diálogo han podido imponerse, ha sido a través de la comunicación. La una y la otra son las dos caras de la gran cuestión de la emancipación. Se perderán o se salvarán juntas.

Simplemente, sus relaciones mutuas han cambiado. Mientras que durante los siglos XIX y XX el problema central era la construcción de la libertad de información, facilitado por un fantástico progreso técnico, el desafío del siglo XXI, al menos durante estos primeros años, es de una naturaleza muy distinta. Consiste en organizar la convivencia pacífica de puntos de vista contradictorios, en un

mundo donde todos lo ven todo y quieren poder conservar su identidad y su libertad de expresión.

La comunicación no consiste, durante la mayor parte del tiempo, en compartir puntos de vista comunes entre individuos libres e iguales, sino en organizar la convivencia entre visiones del mundo a menudo contradictorias. ¿La comunicación? Es la cuestión que se plantea después de la cuestión de la información, y concierne al lugar del actor-receptor, aquel con el que no se está forzosamente de acuerdo, pero con el que es preciso negociar porque es el igual de uno.

La comunicación es el aprendizaje de la convivencia en un mundo de informaciones donde la cuestión de la alteridad se convierte en central. Si bien nunca es fácil obtener una información libre, la organización pacífica de los puntos de vista contradictorios es menos fácil todavía. En todo caso, ambas plantean retos políticos en el sentido de que conciernen a la paz y la guerra entre los hombre. La cuestión de la comunicación resume, pues, la de la emancipación del individuo. El derecho a pensar, expresarse, buscar al otro, establecer relaciones, volver a empezar, franquear tabús y construir una cierta verdad, pero también encontrarse con el fracaso, con la soledad y con la incomprensión. Se trata, al mismo tiempo, del corazón de cualquier proyecto humanista y de cualquier política, mucho más allá de las hañas técnicas. Ciertamente, éstas son indispensables, pero

no bastan para resolver esta contradicción: *compartir lo que se tiene en común, tanto como aprender a gestionar pacíficamente lo que nos distancia.* Tarea inseparable del reconocimiento de la alteridad y de la política, pues escenifica la cuestión central de toda sociedad: la negociación, la paz y la guerra. En cuanto a la ideología técnica, que tanto se impone hoy día, es el símbolo de la dificultad, por el momento, para integrar las capacidades de los instrumentos en un proyecto humanista, lo cual tiene como corolario el establecimiento de un continuo entre las técnicas inventadas por los hombres para comunicarse y la comunicación real de los hombres entre sí.

Puedo resumir las cinco fases del esquema teórico que organiza mis investigaciones sobre la comunicación, destacando así la visión al mismo tiempo humanista y política que constituye su base. No hay vida individual y colectiva sin comunicación. Vivir es comunicar. Los individuos comunican, ya sea para compartir, seducir o convencer. Lo más a menudo, las tres cosas a la vez, en proporciones que varían de acuerdo con el tiempo y el espacio. Rápidamente se tropieza con la incomunicación. El otro, el receptor, no acude a la cita o no está de acuerdo. Si los participantes aceptan gestionar la incomunicación que se instala, comienza una fase de negociación entre puntos de vista contradictorios. Si dicha negociación, a menudo casi

permanente, termina bien, entonces se construye la convivencia.

La comunicación nunca es, pues, una práctica natural, sino el resultado de un proceso frágil de negociación. Por eso informar no basta para comunicarse y por eso también, lo más a menudo, salvo en escasos momentos de la vida y de la historia, comunicarse es convivir. Lo cual no está tan mal en un mundo abierto donde nadie quiere ceder en cuanto a lo que cree y piensa...

No hay nada peor que querer distinguir la buena información de la mala comunicación, como si cada cual, incluido el periodista, tuviera otra intención que la de comunicarse, compartir, seducir o convencer —o las tres a la vez— cuando produce y distribuye una información.

Reflexionar acerca de una teoría de la comunicación es, en primer lugar, destecnificar la cuestión de la comunicación, reintroducir la historia, la política, las culturas... Volver a encontrar la importancia de las sociedades detrás de los sistemas técnicos.

Son dos las imágenes que caracterizan este cambio. Con Mac Luhan, en la década de 1970, se hablaba de la aldea global como símbolo de la técnica triunfante. Después del 11 de septiembre de 2001, ya no es la aldea global lo que prima, sino la violencia del mundo abierto, la obligación de organizar convivencia cultural. Esto sitúa el fracaso y la

incomprensión en el corazón de la comunicación y explica el frenesí de los hombres por inventar técnicas cada vez más efectivas, las cuales no impiden ni la violencia ni los innumerables agujeros de la incomunicación.

Es preciso, de todos modos, salir de la técnica y reencontrarse con la realidad. Salir de la neorrealidad de las pantallas para reencontrarse con la *experiencia* de la realidad. Además, la experiencia es la primera condición de la comunicación, la que hace palpable la cuestión de la alteridad. No sólo la información no basta ya para crear la comunicación, sino que, cuanto más receptores hay —primera figura de alteridad— más necesario es aumentar las experiencias para reducir el riesgo de la incomunicación.

¿*La incomunicación*? No existe en un modelo jerárquico, puesto que en él la comunicación va siempre de arriba abajo, sin posibilidad de discusión. Sólo existe entre iguales, de lo contrario lo que hay es sumisión y autoridad. Por eso reconocer la incomunicación remite a la existencia de una cultura democrática. La incomunicación supone la aceptación de relaciones humanas y sociales igualitarias. Detrás de la incomunicación surge, por lo tanto, la realidad fundamental de la alteridad, experiencia que todos hemos tenido. Por eso el progreso técnico es ambiguo. Al acelerar la producción, la transmisión, la interactividad y

mundo donde todos lo ven todo y quieren poder conservar su identidad y su libertad de expresión.

La comunicación no consiste, durante la mayor parte del tiempo, en compartir puntos de vista comunes entre individuos libres e iguales, sino en organizar la convivencia entre visiones del mundo a menudo contradictorias. ¿La comunicación? Es la cuestión que se plantea después de la cuestión de la información, y concierne al lugar del actor-receptor, aquel con el que no se está forzosamente de acuerdo, pero con el que es preciso negociar porque es el igual de uno.

La comunicación es el aprendizaje de la convivencia en un mundo de informaciones donde la cuestión de la alteridad se convierte en central. Si bien nunca es fácil obtener una información libre, la organización pacífica de los puntos de vista contradictorios es menos fácil todavía. En todo caso, ambas plantean retos políticos en el sentido de que concierne a la paz y la guerra entre los hombres. La cuestión de la comunicación resume, pues, la de la emancipación del individuo. El derecho a pensar, expresarse, buscar al otro, establecer relaciones, volver a empezar, franquear tabús y construir una cierta verdad, pero también encontrarse con el fracaso, con la soledad y con la incompreensión. Se trata, al mismo tiempo, del corazón de cualquier proyecto humanista y de cualquier política, mucho más allá de las hañañas técnicas. Ciertamente, éstas son indispensables, pero

tido en pasar de un modelo de la oferta al modelo de la demanda, más cercano a la realidad de la segmentación de la sociedad, con el contrapunto que constituye la ambigüedad del papel de las técnicas. Éstas, bajo la apariencia de «progreso» y de satisfacer las demandas, pueden facilitar los comunitarismos y hacer olvidar que lo esencial en la comunicación sigue siendo el *desfase* entre la oferta y la demanda.

En este sentido, asimismo, toda teoría de la comunicación contiene implícita o explícitamente una teoría de la sociedad. La mía plantea la incomunicación como horizonte de la comunicación y valora la convivencia, otra forma de reconocer la igualdad de los participantes. Conduce asimismo a realizar el concepto de *tolerancia*. Quien habla de convivencia supone la primacía de la tolerancia. La tolerancia resulta de la experiencia que se lleva a cabo de la alteridad. El proyecto de la convivencia —ya que es un proyecto— supone, por lo tanto, diversas condiciones: la *experiencia* concreta de la alteridad; la *tolerancia* en relación al otro; la referencia a lo *universal* como medio de evitar la segmentación. Convivir es respetarse. Tolerarse es ir más lejos, es interesarse también, un poco, en los unos y los otros, en una perspectiva más general que supone una referencia a lo universal. Si el siglo xx fue el de la información y de la comunicación, el siglo xxi será mucho

más el de la convivencia y la tolerancia. Sobre todo cuando los efectos de la incomunicación se hagan más visibles. La teoría de la comunicación que defiendo aquí es, pues, más allá del reconocimiento del hecho de la incomunicación, una búsqueda de la convivencia, una invitación a la experiencia y a la tolerancia. *No sólo informar no es comunicarse, sino que comunicarse no es transmitir, es convivir. La comunicación reconoce la insuperable alteridad entre los seres humanos y constituye una llamada a un poco más de tolerancia.* El siglo XXI ¿será un siglo de tolerancia? Esto implicaría una visión optimista que tuviese en cuenta el hecho insuperable de la incomunicación. Hacerle un palmo de narices al tema del conflicto de las civilizaciones, versión pesimista de la misma constatación de la incomunicación sobre el telón de fondo de la alteridad. Tolerancia o conflicto de las culturas, he aquí el desafío. Al fin y al cabo, otras civilizaciones se han enfrentado a esta elección a lo largo de la historia.

Para ilustrar lo que está en juego se puede hacer una comparación. En los últimos cincuenta años, los hombres han aprendido a duras penas a respetar la naturaleza, después de haberla explotado descaradamente durante más de un siglo. Ahora se enfrentan a otro desafío, más complejo: aprender a convivir pacíficamente *entre ellos*. El proceso es en este caso más difícil que con la naturaleza, porque aquí vuelven a encontrarse cara a cara, tan semejantes y tan dis-

tintos. Solos cara a cara consigo mismos, con sus demonios y sus ideales.

Por eso la información y la comunicación son de las grandes cuestiones en juego en este comienzo de siglo. La cuestión de la paz y de la guerra.

Bibliografía

- Aron, R., *Mémoires. 50 ans de réflexion politique*, 2 vols., Paris, Julliard, 1983.
- Badie, B., *Puissant ou solidaire?*, Paris, Desclée de Brower, 2009.
- Baubérot, J. (dir.), *La laïcité a l'épreuve: religions et libertés dans le monde*, Paris, Universalis, 2004.
- Baudrillard, J. y E. Morin, *La violence du monde*, Paris, Éditions du Félin, 2003 (hay trad. cast.: *La violencia del mundo*, Barcelona, Paidós, 2004).
- Beauchemin, J., *La société des identités. Éthique et politique dans le monde contemporain*, Montreal, Athéna, 2004.
- Beck, U., *Pouvoir et contre-pouvoir à l'ère de la mondialisation*, Paris, Aubier, 2003.
- Berman, A., *L'épreuve de l'étranger*, Paris, Gallimard/Tel, 1995 (hay trad. cast.: *La prueba de lo ajeno*, Universidad de Las Palmas, 2004).
- Besnier, J.-M., *Demain le posthumain. Le futur a-t-il encore besoin de nous?*, Paris, Hachette Littératures, 2009.

- Blondiaux, L., *La fabrique de l'opinion. Une histoire sociale des sondages*, Paris, Seuil, 1998.
- Boniface, P. (dir.), *La diversité, un atout pour la France*, Paris, IRIS/ Dalloz, 2009.
- Calvet, L.-J., *Le marché aux langues: essai de politologie linguistique sur la mondialisation*, Paris, Plon, 2002.
- Canetti, E., *Masse et puissance*, Paris, Gallimard, 1960 (hay trad. cast.: *Masa y poder*, Madrid, Alianza, 2001).
- Cassin, B., *Google-moi! La deuxième mission de l'Amérique*, Paris, Albin Michel, 2007.
- Certeau, M. de, *La prise de parole. Et autres écrits politiques*, edición establecida y presentada por Luce Giard, Paris, Seuil, 1994.
- Corm, G., *La question religieuse au XXI^e siècle*, Paris, La Découverte, 2007 (hay trad. cast.: *La cuestión religiosa en el siglo XXI*, Madrid, Taurus, 2007).
- D'Iribarne, P., *Penser la diversité du monde*, Paris, Seuil, 2008.
- Debord, G., *La société du spectacle*, Paris, Gallimard, 1906.
- Debray, R., *Le moment fraternité*, Paris, Gallimard, 2009.
- Deleuze, G. y F. Guattari, *Mille plateaux*, Paris, Éditions de Minuit, 1986.
- Detienne, M., *Comparer l'incomparable*, Paris, Seuil, 2009.
- Dockès, P. et al, *Jours de colère, l'esprit du capitalisme*, Paris, Descartes et Cie, 2009.
- Elias, N., *La société des individus*, Paris, Fayard, 1991.

- Ellul, J., *Ellul par lui-même*, La Table Ronde, 2008.
- Escarpit, R., *Théorie générale de l'information et de la communication*, Paris, Hachette, 1985 (hay trad. cast.: *Teoría general de la información y la comunicación*, Barcelona, Icaria, 1981).
- Étiemble, R., *Ouverture(s) sur un comparatisme planétaire*, Paris, C. Bourgois, 1988.
- Farchy, J., *Internet et le droit d'auteur*, Paris, CNRS Éditions, 1999.
- Freud, S., *Malaise dans la civilisation*, Paris, PUF, 1929 (hay trad. cast.: *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 2004).
- Friedmann, G., *Ces merveilleux instruments*, Paris, Denoël/Gonthier, 1979.
- Fukuyama, F., *State building governance et ordre du monde au XXI^e siècle*, Paris, La Table Ronde, 2005.
- Gauchet, M., *Un monde désenchanté*, Paris, Pocket, 2007.
- Griset, P., *Les révolutions de la communication au XIX^e et XX^e siècle*, Paris, Hachette, 1991.
- Grunzinski, S., *La pensée métisse*, Paris, Fayard, 1999.
- Habermas, J., *Théorie de l'agir communicationnel*, 2 tomos, Paris, Fayard, 1981 (hay trad. cast.: *Teoría de la acción comunicativa*, Barcelona, Cátedra, 1989).
- Hagège, C., *Dictionnaire amoureux de la langue*, Paris, Odile Jacob/Plon, 2009.
- Huntington, S., *Le choc des civilisations*, Paris, Odile Jacob, 1997.

- Jacquin, P., Garanger, J. (dir.), *Grandes civilisations, Afrique, Amérique, Asie, Europe, Océanie*, Paris, Larousse, 2003.
- Julliard, J., *La reine du monde*, Paris, Flammarion, 2008.
- Kepel, G., *Terreur et martyre: relever le défi de civilisation*, Paris, Flammarion, 2008.
- Le Bris, M., *Pour une «littérature-monde»*, Paris, Gallimard, 2007.
- Lévi-Strauss, C., *L'identité*, Paris, Grasset, 1977 (hay trad. cast.: *La identidad*, Barcelona, Petrel, 1981).
- Lombard, D., *Le village numérique mondial. La deuxième vie des réseaux*, Paris, Odile Jacob, 2008.
- Maalouf, A., *Le dérèglement du monde*, Paris, Grasset, 2009 (hay trad. cast.: *El desajuste del mundo*, Madrid, Alianza, 2009).
- MacBride, S. (dir.), *Voix multiples, un seul monde*, la Documentation Française/Unesco/Nouvelles Éditions Africaines, 1980.
- MacLuhan, M., *Pour comprendre les médias, les prolongements technologiques de l'homme*, Paris, Seuil, 1964 (hay trad. cast.: *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*, Barcelona, Paidós, 2009).
- Marcuse, H., *Culture et société*, Paris, Éditions de Minuit, 1965.
- Mattelart, A., *La globalisation de la surveillance*, Paris, La Découverte, Poche, 2008.
- Memmi, A., *Portrait du décolonisé arabo-musulman et de quelques autres*, Paris, Gallimard, 2004.
- Morin, E., *La complexité humaine*, Paris, Flammarion, 2008.
- , *L'esprit du temps, essai sur la culture de masse*, Paris, Seuil, 1962 (hay trad. cast.: *El espíritu del tiempo*, Madrid, Taurus, 1966).
- Mumford, L., *Le mythe de la machine*, 2 tomos, Paris, Fayard, 1973.
- Noirel, G., *Immigration, antisémitisme et racisme en France (XIX^e-XX^e siècle): discours publics, humiliations privées*, Paris, Hachette Littérature, 2009.
- Nowicki, J., *L'homme des confins. Pour une anthropologie interculturelle*, Paris, CNRS Éditions, 2008.
- Perriault, J., *La logique de l'usage: essai sur les machines à communiquer*, Paris, L'Harmattan, 2008.
- Rancière, J., *Le spectateur émancipé*, Paris, La Fabrique, 2008.
- Reynié, D., *Le triomphe de l'opinion publique. L'espace public français du XVI^e au XX^e siècle*, Paris, Odile Jacob, 1998.
- Schaeffer, P., *Machine à communiquer*, 2 vols., Paris, Seuil, 1962.
- Schnapper, D., *La relation à l'autre. Au cœur de la pensée sociologique*, Paris, Gallimard, 1988.
- Sennett, R., *La culture du nouveau capitalisme*, Paris, Hachette Littératures, 2006 (hay trad. cast.: *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2008).

- Serres, M., *Hermès*, 5 vols., París, Editions de Minuit, 1969-1980.
- Simondon, G., *Du mode d'existence des objets techniques*, París, Aubier, 1958.
- Taguieff, P.-A., *L'illusion populiste: de l'archaïque au médiatique*, París, Berg International Éditeurs, 2002.
- Taylor, C., *Multiculturalisme, différence et démocratie*, París, Aubier, 1994.
- Touraine, A., *Critique de la modernité*, París, Fayard, 1992 (hay trad. cast.: *Crítica de la modernidad*, Masdríd, Ediciones Temas de Hoy, 1993).
- Vanbremeersch, N., *De la démocratie numérique*, París, Seuil, 2009.
- Virilio, P., *Le futurisme de l'instant: stop-éject*, París, Galilée, 2009.
- Weil, P., *Liberté, égalité, discriminations*, París, Grasset, 2008.
- Wiewiorka, M., *Huit leçons de sociologie*, París, Robert Laffont, 2008.
- La Revue Hermès (Cognition - Communication - Politique)*, París, CNRS Éditions (fundador y director de la publicación, Dominique Wolton).

- Hermès*, n.º 1, «Théorie politique et communication», 1988.
- Hermès*, n.º 4, «Le nouvel espace public», 1995.
- Hermès*, n.ºs 17-18, «La communication politique», 1995.
- Hermès*, n.º 21, «Sciences et médias», 1997.
- Hermès*, n.ºs 23-24, «La cohabitation culturelle en Europe», 1999.
- Hermès*, n.º 35, «Les journalistes ont-ils encore du pouvoir?», 2003.
- Hermès*, n.º 38, «Les sciences de l'information et de la communication», 2004.
- Hermès*, n.º 39, «Critique de la raison numérique», 2004.
- Hermès*, n.º 40, «Francophonie et mondialisation», 2004.
- Hermès*, n.º 42, «Peuple, populaire, populisme», 2005.
- Hermès*, n.º 45, «Fractures dans la société de la connaissance», 2006.
- Hermès*, n.º 48, «Racines oubliées des sciences de la communication», 2007.
- Hermès*, n.º 49, «Traduction et mondialisation», 2007.
- Hermès*, n.º 51, «L'épreuve de la diversité culturelle», 2008.
- Hermès*, n.º 52, «Les guerres de mémoires dans le monde», 2008.
- Hermès*, n.º 53, «Traçabilité et réseaux», 2009.

Les essentiels d'Hermès Paris, CNRS Éditions (fundador y director de la publicación, Dominique Wolton)

«Francophonie et mondialisation», 2008.

«L'opinion publique», 2009.

«Les identités collectives à l'heure de la mondialisation», 2009.

«Sociétés de la connaissance, fractures et évolutions», 2009.

Agradecimientos

Gracias a Claudine, fiel asistente para este manuscrito y los cinco anteriores, alma del laboratorio y de la creación en el Instituto de Ciencias de la Comunicación del CNRS (ISCC). Mi bienvenida a Audrey, que toma su relevo y que también me ayudó con este manuscrito.


Libros que ayudan a entender el mundo

Informar no es comunicar

Con la mundialización de la información, el menor acontecimiento es hecho visible y, aparentemente, más comprensible. Sin embargo, no hay un vínculo directo entre el aumento del número de informaciones y la comprensión del mundo. Esta es el nuevo dato de partida del siglo XXI: la información no crea comunicación. Se hace patente la ruptura entre información y comunicación, la dificultad de pasar de una a otra. Se sabía que las culturas son diferentes, pero se creía que la misma información podía ser más o menos aceptada por todos. Lo que se consigna es todo lo contrario: se abre un abismo. Esta verdad empírica ya había sido descubierta, alguna vez dolorosamente, en relación a los estados-nación. Y la encontramos más nitidamente en la escala introducida por la mundialización. Lo que de este modo se está hundiendo es un determinado modelo universalista —en realidad occidental— de la información y de su vínculo con la comunicación. Este libro constituye, pues, un contrapunto necesario al entusiasmo irreflexivo generado por las nuevas tecnologías. Como Wolton muestra de un modo sencillo y directo, lo que se trata de combatir es una nueva versión de la ideología cientifista y tecnológica, cuyos daños colaterales están muy lejos de las promesas de democratización y emancipación que un coro acrítico, en el que participan políticos, técnicos, empresarios e intelectuales, entona incesantemente. Todo ello en favor de la modalidad actual del capitalismo.


Dominique Wolton, una de las autoridades internacionales más relevantes en la comunicación y en los nuevos medios. Doctor en sociología, actualmente es Director del *Institut des Sciences de la Communication du CNRS* y Director de la revista *Hermès*. Wolton es autor de más de un centenar de artículos y una veintena de libros, de los cuales Gedisa ha publicado *Elogio del gran público*. *Una teoría crítica de la televisión* (1992), *Internet ¿y después?* (2000), *Salvemos la comunicación. Aldea global y cultura: una defensa de los ideales democráticos y la cohabitación mundial* (2006) y *La otra mundialización. Los desafíos de la cohabitación cultural global* (2007).

gedisa editorial

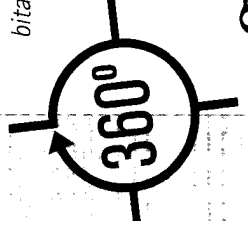


Trànsit Projectes

ISBN 978-84-9784-525-0



9 788497 845250



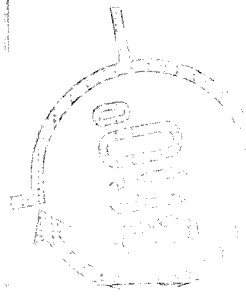
Libros que ayudan a entender el mundo

Dominique Wolton

INFORMA

NO ES

COMUNICAR




→ Contra la ideología tecnológica

Informar no es comunicar

Dominique Wolton

gedisa editorial



9 788497 845250